

Felipe Burbano de Lara, coordinador

# Transiciones y rupturas

## El Ecuador en la segunda mitad del siglo XX



**FLACSO**  
ECUADOR



Ministerio  
de Cultura

---

Transiciones y rupturas: el Ecuador en la segunda mitad del siglo XX / coordinado por Felipe Burbano de Lara.- Quito: FLACSO, Sede Ecuador : Ministerio de Cultura, 2010. (Colección Bicentenario)

562 p.; ilus., fotografías, mapas, tbls.

ISBN: 978-9978-67-263-1

POLÍTICA ; ECUADOR ; HISTORIA ; DEMOCRACIA ; CIUDADANÍA ; ESTADO ; PARTIDOS POLÍTICOS ; CULTURA ; SOCIOLOGÍA POLÍTICA ; INDÍGENAS  
320.9866 - CDD

---

© De la presente edición:

**FLACSO, Sede Ecuador**

La Pradera E7-174 y Diego de Almagro

Quito-Ecuador

Telf.: (593-2) 323 8888

Fax: (593-2) 323 7960

[www.flacso.org.ec](http://www.flacso.org.ec)

**Ministerio de Cultura**

Av. Colón E5-34 y Juan León Mera

Quito-Ecuador

Telf.: (593-2) 3814-550

[www.ministeriodecultura.gov.ec](http://www.ministeriodecultura.gov.ec)

ISBN: 978-9978-67-263-1

Cuidado de la edición: David Chocair y Santiago Rubio

Diseño de portada e interiores: Antonio Mena

Imprenta: RisperGraf C.A.

Quito, Ecuador, 2010

1ª. edición: octubre 2010

# Índice

Presentación .....	7
A modo de introducción .....	9
<i>Felipe Burbano de Lara</i>	
CIUDADANÍA, ESTADO, DEMOCRACIA Y NACIÓN	
Estado, ciudadanía y democracia .....	43
<i>Simón Pachano</i>	
Complejización del campo político en la construcción democrática en el Ecuador .....	75
<i>Julio Echeverría</i>	
La estatalidad de la democracia y la democratización del Estado en el Ecuador .....	115
<i>Luis Verdesoto y Gloria Ardaya</i>	
Construyendo la nación en el siglo XXI: la “Patria” en el discurso del presidente Correa .....	159
<i>Beatriz Zepeda</i>	

## II. TRANSICIONES

De Cuenca Atenas a Cuenca Patrimonio:  
estrategias de distinción en la construcción del Estado-Nación . . . . . 197  
*Mónica Mancero Acosta*

Guayaquil en los años 50.  
Irrupción populista, auge económico y poder oligárquico . . . . . 247  
*Felipe Burbano de Lara*

El golpe militar de 1963 y el fin de un período  
excepcional de estabilidad política . . . . . 291  
*Patricio Moncayo M.*

Crítica y modernidad.  
De la emergencia Tzántzica al Frente Cultural.  
Quito en la década de los sesenta . . . . . 341  
*Rafael Polo Bonilla*

Configuración de las clases medias en Ecuador:  
soportes y rupturas . . . . . 377  
*Betty Espinosa*

### LUCHAS INDÍGENAS, NACIÓN Y ESFERA PÚBLICA

Conflictos rurales, violencia y opinión pública  
en los años cincuenta . . . . . 411  
*Hernán Ibarra*

Concepciones del Estado y demandas de las  
organizaciones campesinas e indígenas (1940 – 1960) . . . . . 465  
*Luis Alberto Tuaza C.*

Religión, nación, institucionalización e  
integración en el mundo shuar.  
Una revisión retrospectiva de los mecanismos  
de inserción del sur oriente al territorio ecuatoriano . . . . . 515  
*Cecilia Ortiz Batallas*

# Guayaquil en los años 50. Irrupción populista, auge económico y poder oligárquico

Felipe Burbano de Lara<sup>1</sup>

La década de los años cincuenta representa un período contradictorio para los grupos de poder guayaquileños. La ciudad vio el nacimiento de Concentración de Fuerzas Populares como un partido que provocó un profundo cambio en la configuración de la escena política local, con amplias repercusiones sociales. La fuerza alcanzada por CFP, que se extendió a las décadas siguientes, se manifestó no solo en su potencia para disputar políticamente el espacio de la ciudad, generar permanentes conflictos con los gobiernos centrales, ahondar las distancias regionales en el marco del Estado nacional; sino también por su capacidad para organizar a los sectores urbano-marginales y movilizarlos desde una retórica nueva, que se propuso romper con todas las ideologías foráneas en el Ecuador. Se trata, pues, de una suerte de revuelta de las periferias urbanas en contra de los grupos de poder local y nacional –las famosas trincas, en su lenguaje– ancladas en un pasado denunciado como feudal y colonial, pero con una gran capacidad para controlar e influir en el Estado.

Si en el ámbito político local y regional la situación de Guayaquil cambió drásticamente con el apareamiento de CFP, en la escena estatal la situación es de estabilidad política y prosperidad económica. La turbulencia de la política local guayaquileña contrastó con lo que ocurrió a nivel nacional. Entre 1948 y 1962, el país vivió un inusual período de continuidad de gobiernos civiles. Tres presidentes se sucedieron de manera or-

---

1 Profesor-investigador de FLACSO-Ecuador.

denada en el poder, como no había ocurrido desde la época de los gobiernos plutocráticos. Fue una década en la cual las elecciones se afirmaron y reconocieron como mecanismo legítimo de ascenso y transferencia del poder. En muchos sentidos, también fueron años de innovación ideológica y modernización de las elites, sobre todo serranas. El país vio una reactualización del liberalismo ecuatoriano, que produjo no solo un clima de tolerancia y pluralismo durante el gobierno de Plaza, sino que, además, vinculó, por primera ocasión, la democracia al desarrollo. También fue testigo de una actualización del pensamiento conservador que reorientó sus concepciones políticas hacia una visión social y moral del Estado, tras aceptar la inevitabilidad del Estado laico. En este contexto, el populismo marcó una suerte de continuidad con el pasado, pero también actualizado desde su expresión más local, el CFP de Guevara Moreno en Guayaquil. En lo político, la década de los cincuenta tiene como marca profunda la crisis del liberalismo tradicional tras la revuelta del 28 de mayo en Guayaquil, que inauguró un fallido experimento de gobierno progresista. Quizá los años cincuenta sean hijos de la frustración que produjo el fracaso de esa revolución tan original en la que estuvieron juntos, como se ha repetido, “el rojo con el conservador, el fraile con el soldado, la mujer y el hombre, el universitario y el obrero” (Velasco Ibarra, citado por Cueva: 1988: 60); pero que no dejó sino inestabilidad, vacío político, y un gran malestar social en Guayaquil, epicentro de la revuelta.

El paréntesis democrático estuvo acompañado, en el campo de la economía, por un período de aumento de las exportaciones, un crecimiento de la producción nacional y una expansión de la inversión pública, como no se habían producido desde la primeras dos décadas del siglo XX con el *boom* cacaotero. El motor de este auge fue el cultivo y la exportación de banano. Los años cincuenta son importantes para los grupos económicos de Guayaquil porque hicieron posible una reinserción de la economía regional en el mercado mundial, luego de años de no haber encontrado el camino para alcanzar ese objetivo. Fue una década de un gran fortalecimiento del modelo agro exportador, cuyo anclaje se encontró en la economía regional de la costa. Como lo han destacado la mayoría de estudios sobre la época, el *boom* bananero encontró a los grupos económicos de Guayaquil en una posición muy favorable para hacer de ese ciclo expan-

sivo un momento de auge y consolidación de su poder. En ese extraño lenguaje regional de la época, se dirá que Guayaquil se reafirmó, una vez más, como la “capital económica” del Ecuador.

En este contexto, uno de los temas que adquiere especial interés para este trabajo es la comprensión e interpretación histórica de la naturaleza del poder oligárquico guayaquileño. Quizá no hay otro término, como el de “oligarquía”, que haya encontrado una continuidad tan grande en el discurso político del Ecuador. La oligarquía se convirtió por esos años en el gran símbolo del poder en el país, de un poder concentrado en un grupo minoritario, denunciado como opresor de las grandes mayorías desheredadas, y como encarnación de los males de la patria. Tanto la izquierda como el populismo la convirtieron en el blanco de sus ataques; contra esa oligarquía se enfilaron las críticas del poder y la dominación. En este trabajo intento ir, todavía de modo preliminar, más allá de esas imágenes discursivas poderosas sobre la oligarquía, construidas, sobre todo, desde el lenguaje populista, para indagar la práctica de las elites guayaquileñas alrededor de la beneficencia. Como se verá en la parte final del texto, a partir de su orientación benefactora, la identidad de las elites adopta el signo de la generosidad y la solidaridad. La beneficencia tiene una larga historia en Guayaquil y pareciera formar parte de la identidad social de las elites, como una práctica de responsabilidad social, de “voluntarismo silencioso”, que los une con los menesterosos. Su existencia, como una práctica institucionalizada, se remonta a fines del siglo XIX. Surge, según los testimonios recogidos en entrevistas, como una respuesta de los grupos de poder local a la ausencia del Estado y a las necesidades sociales de la ciudad.

La beneficencia tiene muchas dimensiones, todas ellas intrigantes para descubrir la naturaleza de la llamada oligarquía: liga, por ejemplo, el poder económico con una preocupación por lo social; configura un espacio de cohesión, al menos hasta los años 50, de un conjunto de familias tradicionales guayaquileñas preocupadas por la beneficencia; y constituye, sobre la defensa de la Junta de Beneficencia de Guayaquil, una instancia desde donde se afirma la autonomía de la ciudad frente al poder central. Este trabajo intenta hacer una primera aproximación al poder oligárquico con el fin de entender mejor la naturaleza social y política de este grupo, y así entender, también, mejor las formas de contestación a su poder.

El trabajo forma parte de una reflexión más amplia sobre la historia política de Guayaquil, que intenta explicar, en la transición del siglo XX al XXI, la emergencia de un poderoso movimiento autonomista que ha convertido a la ciudad en el principal espacio de un proyecto político de modernización. Los años 50 son importantes para entender lo que eclosionó unas décadas más tarde. Los contrastes no pueden ser más claros y reveladores. Si en la década de los cincuenta la oligarquía gozaba de una enorme influencia sobre el Estado, en cambio su control sobre el gobierno y la sociedad local se vio seriamente afectado. Desde fines del siglo XX, la situación pareció darse la vuelta: ejerce una pobre capacidad de influencia sobre el Estado, pero controla ampliamente el poder local.

Rastrear los elementos que configuran el poder de la llamada “oligarquía”, analizar cómo evolucionan en el tiempo, cómo influyen en la configuración del Estado y de la nación, de la ciudad; entender sus impulsos modernizadores y su conservadorismo social, son algunos de los temas que se plantea la investigación de más largo plazo. Este trabajo constituye un acercamiento a esa problemática en la década de los cincuenta<sup>2</sup>.

---

2 El punto de partida de mi definición de oligarquía son los trabajos clásicos de Guerrero y Chiriboga en los años 80 sobre las haciendas cacaoteras, enriquecidos por una serie de otras investigaciones (Quintero, 1997; Crawford, 1980; Pineo, 1994; Maiguascha y North, 1991). La sociología latinoamericana usó el concepto para definir a un tipo específico de grupo dominante en sociedades dependientes y no plenamente capitalistas. Se lo caracterizó como un grupo a mitad de camino entre la elite terrateniente de origen colonial y la burguesía moderna vinculada al desarrollo de la industria (Bourricaud, 1970; Favre, 1970; Torres Rivas, 2007; Cueva, 1988; Touraine, 1978). El origen de la oligarquía ecuatoriana se halla vinculado a la incorporación de la economía regional de la costa al mercado mundial como productora de cacao desde fines del siglo XIX. El momento de auge se produjo en las dos primeras décadas del XX. El núcleo original de la oligarquía lo constituían no más de 20 familias, con fuertes lazos de parentesco entre ellas, que llegó a concentrar el 70% de la tierra en los distritos cacaoteros del país (Chiriboga, 1983). A la oligarquía le define no solo una modalidad particular de acumulación de riqueza, sino el conjunto de redes sociales que articula a partir del parentesco y que constituyen una fuente generadora de “capital social”. A estos dos elementos, subrayados por la sociología latinoamericana y ecuatoriana, agregaré uno más para rastrear el poder de este grupo: su vocación hacia la beneficencia, tema que abordo en la tercera parte del trabajo.



## La irrupción de CFP

La irrupción de “Concentración de Fuerzas Populares. Partido del Pueblo Ecuatoriano”<sup>3</sup> a fines de los años cuarenta en la escena guayaquileña, pone fin al predominio liberal y oligárquico sobre la política de la ciudad. A la vez, representa la emergencia de una nueva elite política, de extracción social heterogénea, con un estilo de retórica y práctica volcadas hacia la incorporación del “pueblo bajo” a la vida local, regional y nacional. Hay cinco características de CFP que le convirtieron en un partido único en los años cincuenta: a) la naturaleza social e ideológica del grupo intelectual que lo formó, con Carlos Guevara Moreno a la cabeza; b) la retórica que usó para interpelar a los sectores populares y denunciar a los grupos de poder; c) la forma de organización y movilización de sus bases sociales; d) la utilización del municipio como parte de una bien organizada maquinaria clientelar; y e) su capacidad para cuestionar la política nacional desde una dimensión local y regional, que profundizó el clivaje centro/periferia sobre el cual se ha constituido la estructura estatal ecuatoriana. CFP marcó, de manera profunda, la identidad, los estilos de movilización y las formas de lucha y liderazgo político vinculadas con los sectores populares de Guayaquil, al menos hasta inicios de la década de los noventa<sup>4</sup>. Veamos algunos aspectos esenciales de las cinco características mencionadas.

Los estudios que se han interesado por CFP no han sido muy precisos a la hora de establecer el origen social de los integrantes del grupo fundador. John Martz los define como jóvenes provenientes, con pocas excepciones, de “la pequeña burguesía rebelde contra las tradicionales elites económicas y políticas” (Martz, 1989: 345). Quintero y Silva han puesto más bien el énfasis en su origen de clase; según los dos autores, la mayoría de sus fundadores provenían de la clase terrateniente costeña (Quintero y Silva, 1991a: 88). Amparo Menéndez, cuyo estudio sigue siendo el más completo sobre CFP, solo los describe como un grupo heterogéneo en tér-

---

3 Así se lo denominó en la primera Convención Nacional del partido, efectuada en julio de 1950.

4 Muchas de las características señaladas acompañan al partido a lo largo de su prolongada vida política. Resulta sorprendente, por ejemplo, que los Diez Puntos Doctrinarios de CFP, elaborados en la primera convención del partido, se hayan ratificado, sin modificaciones, casi tres décadas más tarde por la Convención Ordinaria efectuada en julio de 1977.

minos ideológico, aunque insinúa claramente que sus orígenes sociales también eran diversos (Menéndez-Carrión, 1986: 277-288).

En realidad, se trató de un grupo heterogéneo en el que intervinieron personas de clase alta y clase media, ex dirigentes comunistas, jóvenes liberales, y simpatizantes, hasta entonces, del velasquismo, como el propio Guevara Moreno<sup>5</sup>. Las imágenes que se tienen de ellos en Guayaquil los identifica, en tanto grupo, como personas de la clase media sin mayores vínculos sociales y familiares con la oligarquía, no pertenecientes al bloque de poder (Entrevista # 6). Quizá esa imagen, que los describe de manera imprecisa, se deba a que en los años 50, si bien la sociedad guayaquileña seguía siendo muy cerrada y polarizada, había experimentado una división de sus elites políticas como consecuencia del 28 de mayo de 1944. Ese acontecimiento marcó la derrota final del liberalismo de raíces oligárquicas, y abrió el espacio político para la emergencia de nuevos grupos politizados, la mayoría de ellos, sin embargo, vinculados al velasquismo. Este breve antecedente es importante porque el denominador común del grupo fundador de CFP fue su voluntad decidida de ruptura con los círculos liberales tradicionales (Entrevista # 3). El origen de CFP se inscribió en las luchas velasquistas que siguieron a la revuelta del 28 de mayo, cuyo epicentro fue precisamente Guayaquil<sup>6</sup>. Su antecedente organizativo es la Unión Popular Republicana (UPR), formada por el político guayaquileño Rafael Mendoza Avilés en 1944. La UPR (Uperra, como se la conocía popularmente) gracias a gestiones directas de Guevara Moreno, entonces ministro de Gobierno, apoyó la ratificación de Velasco Ibarra como presidente de la República por la Asamblea Constituyente de 1946, convocada por él luego de haberse proclamado dictador. A partir

---

5 La figura descollante de CFP fue Guevara Moreno, quien provenía de una familia de “modestos recursos”. (Martz, 1989: 332). Guevara Moreno se destacó durante su juventud como líder estudiantil de izquierda; años más tarde, integró las Brigadas Internacionales en la Guerra Civil española (1989: 332- 333). Adquirió notoriedad política como ministro de Gobierno en la segunda presidencia de Velasco Ibarra (1944-1947). Se le atribuye ser uno de los organizadores del autogolpe de Velasco en 1946 que puso fin a las veleidades izquierdistas del gobierno surgido de La Gloriosa. Su figura carismática, su capacidad organizadora y su vocación de lucha son subrayadas como cualidades políticas suyas.

6 Para entender el significado de La Gloriosa y el proceso posterior sugiero los libros de Carlos de la Torre (1993) y Patricio Moncayo (2008).

de ese hecho político surgió una estrecha relación entre Guevara Moreno y Mendoza Avilés que les llevará más tarde a sustituir a UPR por CFP.

Desde comienzos de los años treinta, el velasquismo se convirtió en la contraparte del liberalismo guayaquileño vinculado a los grupos oligárquicos. La lucha entre esas dos fuerzas estuvo simbolizada en la profunda enemistad personal y política de Velasco Ibarra con Arroyo del Río<sup>7</sup>. De la mano de Velasco emergieron las figuras que se convertirían en una nueva opción de liderazgo político en Guayaquil. Nombres como los del propio Guevara Moreno, Mendoza Avilés, Pedro Menéndez Gilbert surgen a la vida política vinculados al velasquismo. La irrupción de CFP representa la continuación del proceso abierto por Velasco, pero en un momento de mayor vacío de liderazgo político en el Ecuador, después del fracaso de La Gloriosa, la posterior proclamación de Velasco Ibarra como dictador, su destitución en 1946 por el golpe militar del coronel Mancheno, y la caída de éste en 1947. Se trata de un vacío de todos los partidos y tendencias políticas involucradas en La Gloriosa: del liberalismo tradicional, del propio Velasco, de los socialistas y comunistas –muy golpeados después del 46– y hasta de los propios conservadores.

La incursión de CFP hay que ubicarla también en el marco de una sociedad “marcada fuertemente por una serie de discriminaciones fundadas en el dinero y en el apellido” (Entrevista # 10). Hay la imagen de que la nueva elite política, en realidad, procura abrir un espacio a la clase media guayaquileña, hasta entonces, excluida de la política y la estructura de poder local. Uno de los fundadores del partido, citado por Amparo Menéndez-Carrión, destaca como uno de los logros de CFP haber tenido la valentía de desafiar a la oligarquía y a sus trincas, y con ello haber abier-

---

7 Arroyo del Río es la figura más destacada del liberalismo oligárquico después de la Revolución Juliana. Entre fines de los años 20 y durante los 30 fue propuesto, varias veces, como candidato a la presidencia por el Partido Liberal. En 1935 fue nombrado Director Supremo del Partido Liberal, y en 1939 nominado candidato por el partido a la presidencia. Arroyo del Río no provenía de las familias oligárquicas guayaquileñas (su padre era de origen colombiano); se destacó como un jurista notable, vinculado a compañías extranjeras, y como rector de la Universidad de Guayaquil (Avilés Pino, 2004). Como hecho anecdótico, cabe señalar que en 1929, Arroyo del Río expulsó de ese centro universitario a Carlos Guevara Moreno, entonces un activista de izquierda, por haber protagonizado incidentes entre el Facultad de Derecho y la Facultad de Medicina, considerada esta última como una escuela de la clase alta (Menéndez Carrión, 1986: 272; entrevista # 2).

to un espacio para la clase media (Menéndez-Carrión, 1986: 276). Con esta visión comparten muchos observadores actuales de la sociedad guayaquileña. Al grupo fundador de CFP se lo considera como “un sector de clase media que no tiene cómo entrar al sistema, que tiene las puertas cerradas, que está pegado a la oligarquía, que ha construido su posición, de alguna manera, dependiendo del sistema, pero el sistema es demasiado cerrado como para dejarlos entrar; ellos abren el sistema” (Entrevista # 10). Lo interesante del proceso guayaquileño, sin embargo, es que la clase media irrumpe en la política en el contexto de una sociedad altamente polarizada en términos sociales y económicos. Catherine Conaghan sostiene que el auge exportador del cacao dejó una huella definitiva sobre la estructura de clases guayaquileña y costeña (Conaghan, 1988: 34). Una de esas huellas fue precisamente la dificultad de los sectores medios para configurar un sistema de valores propio, diferenciado del ámbito de dominio oligárquico, a través del cual pudieran afirmar su autonomía; siempre mantuvieron una posición dependiente y subordinada (Maignascha, North, 1991). Pero el problema parece más complejo. Como lo hace notar la propia Amparo Menéndez, la clase media requería del apoyo de las masas urbanas, al menos en términos electorales, para ingresar al sistema (Menéndez-Carrión, 1986: 276). La apertura del sistema a favor de las clases medias resulta ambigua y requiere mayores exploraciones. Lo que ocurrió ciertamente en Guayaquil fue la apertura del campo político gracias a la incursión de una nueva elite, pero difícilmente se puede sostener que CFP generó nuevas condiciones para la expansión de la clase media guayaquileña. La retórica cefepista no interpelaba a los grupos medios ni daba prioridad a sus demandas sociales y económicas; su retórica configuraba el campo social y político en términos de un antagonismo entre el “bajo pueblo” y los grupos de poder. En ese discurso polarizador, difícilmente los sectores medios podían encontrar un lenguaje y un espacio para sentirse representados en la política.

El gran esfuerzo de CFP consistió en construir una retórica nueva de apelación a los sectores suburbanos de Guayaquil. Esa retórica se orientó por una matriz populista, del pueblo como sujeto político, antes que por una matriz de clase. Guayaquil es uno de los escenarios donde el populismo, en esa coyuntura concreta, se impuso y desplazó a los grupos de iz-

quiera –socialistas y comunistas– en su capacidad de llegar a los sectores populares. La izquierda, además, se encontraba en un momento de crisis luego del protagonismo alcanzado en la Asamblea Constituyente de 1944-45, y el posterior fracaso de ese proceso cuando Velasco se declaró dictador<sup>8</sup>. “La genialidad de Guevara fue haberse dado cuenta de que aquí no había clase trabajadora. Pensó que había que hacer una réplica del peronismo y del gaitanismo, de trabajar con los grupos urbano-marginales frente a la reivindicación de la tierra” (Entrevista # 6).

El discurso cefepista, analizado desde sus Principios Programáticos, es un texto muy original que pretende romper con toda la tradición discursiva de la política ecuatoriana. Esto se explica, a mi juicio, por la heterogeneidad ideológica del grupo fundador, proveniente de tradiciones liberales, comunistas, republicanas y velasquistas. Eso se ve claramente en la condena y rechazo de CFP a todas las ideologías foráneas. Mientras Velasco, por ejemplo, se apartaba de las elites liberales y conservadoras por no ser fieles a sus principios doctrinarios y, de alguna manera, intentó purificar la esencia de lo liberal y de lo conservador en una noción paternalista del pueblo, cefepé rechazó toda ideología construida fuera de las experiencias del “bajo pueblo” y de sus anhelos de una “patria redimida”. “La médula del movimiento consiste en el repudio de todas las doctrinas o ideologías extrañas al medio...”, decían los Diez Puntos Programáticos. “La ideología no es conservadora, ni totalitaria, ni liberal, ni socialista, ni comunista; es decir, no se funda en una colección de principios filosóficos abstractos e importados, desvinculados de nuestra realidad: la ideología del cefepé es popular, porque mira al pueblo como conjunto y fenómeno nacional e histórico” (Diez Puntos Programáticos). El sujeto político que construye el discurso cefepista es el de “bajo pueblo”, aunque en determinados momentos puede aparecer indistintamente como los “explotados”, como “clases desposeídas”, como la “multitud humilde”, los “desheredados” o la “plebe”. Términos todos que describen no solo una condición económica sino una condición moral, emocional, afectiva, social y cultural, unida a su situación de exclusión en la ciudad. Al “bajo

---

8 En ese momento, hay una persecución de la izquierda por parte de Guevara Moreno, entonces Ministro de Gobierno y uno de los mentalizadores de la dictadura.

pueblo” CFP promete redimirlo incorporándolo al ámbito de la nación ecuatoriana y del Estado. En la primera convención realizada en junio de 1950, el partido se definió como “progresista” y “nacionalista”. “Es la esperanza de los descamisados, de los desheredados, de los parias, que suspiran por una patria mejor, donde tengan el derecho a una vida decente. Es el partido que lucha para llevar la civilización al campo, redimiendo a millones de indios y montubios de la barbarie y la ignorancia” (Diez Puntos Doctrinarios).

Bajo esos principios políticos, se establecía una relación antagónica con los grupos de poder, caracterizados como “latifundistas semicoloniales feudales” y como “plutócratas usureros comerciales” (Diez Puntos Programáticos). En la crítica a los terratenientes serranos como señores feudales, CFP levantaba un lenguaje similar al de socialistas y comunistas, que consideraban el problema agrario como central para la modernización capitalista del Ecuador (De la Torre, 1983). La denuncia de los grupos de poder se plantea desde el pueblo y la promesa de una nueva nación. “Es básico para el país, en el juego de la encrucijada histórica por la que atravesamos, el romper las oligarquías (llamadas popularmente “trincas”) de tipo caciquista que impiden el imperio igualitario de la nacionalidad. De estas “trincas”, las más retardatarias son las estructuras feudales, que se asientan en el feudo latifundista semicolonial, y las plutocráticas de tipo comercial y usurario...” (Diez Puntos Doctrinarios). CFP se caracterizó desde sus inicios por la virulencia de su lenguaje y el modo de confrontar y generar conflicto. Los términos morales con los cuales describe la situación del bajo pueblo encuentran su contraparte en los utilizados para denunciar a las trincas: “explotadoras”, “miserables”, “inmorales”, “insaciables”. De este modo, configuraba un escenario de antagonismo político. “(El) partido combinaba ataques radicales, muchas veces desenfundados, en contra del sistema existente, con un programa de reformas estatales dirigido a fortalecer más que a suplantar el sistema” (Martz: 1989: 340). Su compromiso por la incorporación de la “plebe”, de las masas, a las decisiones políticas trascendentales (1989: 338) lo colocaba en oposición “con la avaricia, el salvaje egoísmo de unos pocos y su forma de expresión criolla en nuestro país: las trincas!” (Diez Puntos Doctrinarios). La noción de trincas sirvió a CFP para construir simbólicamente la ima-

gen de unas elites cerradas, corruptas, preocupadas exclusivamente por su bienestar.

Rafael Guerrero sostiene que la potencia del discurso populista, en general, consiste en apropiarse de tópicos centrales de la retórica liberal –el elogio del individuo y sus libertades, del ciudadano y sus derechos– para inscribirlos dentro de un nuevo sistema discursivo en el cual adquieren especial significación lo nacional, lo popular y lo regional (Guerrero, 1994: 29-30)<sup>9</sup>. CFP moviliza a esos sectores para incorporarlos a la política local a través del municipio, pero solo como un momento previo a su inserción en el Estado y la nación. Sin embargo, aún cuando reclama al pueblo como nacional, su apelación más inmediata –al menos durante la década del 50– se dirige a las masas urbanas de Guayaquil.

La retórica encendida estuvo respaldada por un gran esfuerzo de organización de las bases sociales del partido, concentradas en las zonas urbano-marginales de la ciudad<sup>10</sup>. Se ha definido de muchas maneras a este grupo social que crece y se concentra en las zonas periféricas de Guayaquil desde mediados de los años 20 como consecuencias de la crisis cacaotera. Como “clase baja marginal” (Martz, 1989) en unos casos; como subproletariado urbano (Quintero, 1997; Cueva, 1988) en otros. Amparo Menéndez Carrión los describe como sectores marginados que viven en condiciones de precariedad estructuralmente inducida (Menéndez Carrión 1986: 51-52). En términos sociales, la mayoría de ellos proviene del campo, son desempleados o subempleados, y carecen de vivienda.

La mayor innovación política de CFP, que lo diferencia claramente del populismo velasquista y de los partidos tradicionales, fue haber montado una compleja estructura de organización barrial –los denominados

---

9 Si la modernidad se constituye como un proceso emancipador a partir de la figura del individuo, base de la noción moderna de ciudadanía y derechos, la absorción de las categorías liberales en la trama discursiva del populismo tiene incidencias profundas sobre nuestra modernidad.

10 Entre 1950 y 1962 –la etapa del liderazgo de Guevara Moreno– la población de Guayaquil pasó de 258.966 habitantes a 510.804, con una tasa de crecimiento anual del 7,3%, una de las más altas de América Latina (Martz, 1986: 330). Se estima que durante ese período, la ciudad de Guayaquil fue el destino final de 211.392 migrantes de un total de 330.208 que se movilizaron por el país” (Villavicencio/Rodríguez, 1987: 245). Se calcula que las tasas de crecimiento anual promedio del suburbio fueron de 15% entre 1950 y 1962, y de 9.1% entre 1962 y 1974 (Moore, citado por Menéndez Carrión, 1986: 39).

“comités de barrio” – que funcionaban como células partidarias. La estructura organizativa servía para atender sus demandas pero, a la vez, para movilizarlos a las calles cuando era necesario combatir a las trincas. Dicha estructura surgía desde el nivel parroquial hasta alcanzar el nivel cantonal (Martz, 1989; Menéndez Carrión, 1986). CFP cambió el sentido del barrio suburbano al dar una identidad política a sus habitantes. “La barriada sigue siendo el escenario, pero en ella existe ahora ‘el sector’, ‘el comité’ y ‘la célula’ ”. (Negrete, 1990: 342). El contacto directo de la dirigencia con las bases y los intermediarios lograba no solo conseguir apoyos para el partido y prestigiar a los dirigentes barriales, sino generar un sentimiento de solidaridad y pertenencia política<sup>11</sup>. Fue clave para alcanzar ese objetivo el uso de técnicas modernas de movilización e identificación. “Guevara Moreno demostró gran maestría en el uso de slogans, panfletos (el semanario *Momento*), marchas y símbolos patrios” (Martz, 1989: 336). CFP transformó a los comités electorales, formados desde la época de Mendoza Avilés, en comités políticos, es decir, en parte de una organización permanente (Menéndez Carrión, 290-294). La organización fue, a la vez, instrumento de una “férrea disciplina social y política”, y mecanismo con el cual el partido pudo funcionar como “máquina electoral” (Menéndez Carrión, 1986). De acuerdo con el testimonio de un ex habitante del suburbio, en los inicios del partido, las brigadas cefepistas censaban a los habitantes para convertirlos en beneficiarios del relleno. Una vez censados, eran invitados a participar en reuniones barriales y luego a unirse al partido. (Entrevista # 9).

La fortaleza del partido se aprecia en los triunfos logrados en las elecciones municipales de 1952 y 1957, pero su influencia sobre el municipio se siente a lo largo de toda la década, y la subsiguiente. CFP abrió el municipio, hasta entonces un aparato cerrado y controlado por la estructura de poder guayaquileña, a las demandas de los sectores marginales. Desde el municipio, la lógica del partido consistió en movilizar recursos para atender demandas puntuales de los barrios. Los recursos municipales se utilizaban en relleno, pavimentación, agua potable, desayunos esco-

---

11 Un ejemplo puede ser el sucre que aportaban los militantes cefepistas al partido. Se lo conoció como el “sucre cefepista”.



lares, provisión de servicios legales, reconocimiento de posesiones de facto en tierras municipales o estatales (Menéndez Carrión, 1986). El municipio también se convirtió en una agencia de contratación de allegados del partido: decenas de militantes ingresaban al rol de pagos del municipio sin cumplir una función específica (1986: 324). Todo este proceso de apertura del espacio local es descrito por un ex-candidato de CFP a la presidencia como una ruptura política (Entrevista # 5). “La ruptura se dio totalmente; los concejales llegaron a tener apellidos populares, inclusive de origen autóctono, y esto debió contrariar grandemente a las elites” (Entrevista # 5). No solo se atendían las demandas sino que se ampliaba el espacio público. “Permite que la gente de extracción popular acceda a la función pública, a través del municipio. Todos los organismos donde CFP llega, allí ya no hay discriminación, democratiza esos espacios; ya no se necesita ser socio del Club de La Unión, del Club Rotario o del Club de Leones para llegar a ser concejal o director departamental” (Entrevista # 5). Reconoce nuestro entrevistado que “el municipio de Guayaquil se convierte en un instrumento de progreso que busca el bienestar de las masas; las masas desposeídas, totalmente olvidadas, empiezan a ser tomadas en cuenta” (Entrevista # 5).

Si en un nivel del discurso el “bajo pueblo” aparece movilizado en contra de los grupos de poder, de las trincas, en otro, ese mismo “bajo pueblo” se constituye como sujeto político regional. CFP contrapone a costeños y serranos, guayaquileños y quiteños (Guerrero, 1994). Como lo subrayan tanto Guerrero como Martz, Guayaquil aparece en el discurso cefepista como una ciudad que se enfrenta al poder del centralismo quiteño, como “la capital de las rebeldías de nuestra nacionalidad”; como un espacio habitado por sujetos productivos y rebeldes, frente a Quito –la “otra” capital– identificada como el lugar/espacio de los serranos, burócratas y conservadores. Un rasgo específico en la interpelación de lo regional es la fuerte identificación de lo popular con lo costeño. Hernán Ibarra (1994) ha hecho notar esta particularidad de la postura cefepista: al vincular lo popular con lo costeño, se produce una doble disociación y una ruptura: entre lo regional/costeño y lo nacional, puesto que lo nacional queda identificado con lo serrano; y entre lo nacional y lo popular, ya que lo popular se identifica con las clases bajas de la costa. Lo nacional es leído como el espacio dominado esencialmente

por gamonales y latifundistas serranos; por lo tanto, como extraño a la costa y a lo popular costeño. De allí que lo costeño/popular/rebelde no pueda reconocerse en la configuración histórica de lo nacional, cuya máxima expresión sería el Estado centralista. “Esto significa que el discurso cefepista recuperó e integró en su propia estructura las interpelaciones regionalistas del discurso político costeño, cuyos orígenes se remontan a la formación del Ecuador como Estado independiente”. La convergencia de diversos intereses sociales en torno a lo regional se traduce con CFP en un nuevo regionalismo “en el cual la demanda de descentralización del Estado está conjugada con la demanda de distribución de la riqueza social. La ideología cefepista permite vislumbrar un regionalismo diferente, un regionalismo no oligárquico”. Lo que le diferenciaría del regionalismo oligárquico es la demanda de un Estado social que proteja al “bajo pueblo”, frente a la demanda histórica de los grupos de poder guayaquileños de tener un Estado liberal, no intervencionista (Ibarra, 1994: 43 y 52).

La incursión de CFP en el espacio local se convierte en una fuente generadora de tensión con la política nacional. Al subrayar el corte regional en la configuración estatal, el partido entra en conflictos permanentes con todos los gobiernos que se suceden en el poder entre 1948 y 1962. Su práctica y estilo de confrontación ahondan las distancias de Guayaquil con el poder central. La movilización que provoca de los sectores populares se convierte, a la vez, en pretextos de los gobiernos para intervenir el municipio, destituir a los alcaldes, o asfixiar económicamente sus gestiones. Veamos algunos de estos momentos a lo largo de los años cincuenta.

La confrontación de Guevara Moreno con el gobierno de Plaza se inició poco después de las elecciones municipales de 1948 en las que el candidato oficial, el liberal Rafael Guerrero Valenzuela, se impuso por una mínima diferencia de votos sobre el candidato de la UPR, Rafael Mendoza Avilés, apoyado por Guevara Moreno. Se impugnó el resultado aduciendo un fraude en las parroquias rurales del cantón orquestado por el gobierno de Plaza. Fue el pretexto que llevó a Guevara Moreno a declarar una férrea oposición en contra del gobierno. CFP enfrentó a Plaza acusándolo de ser el representante de un poder feudal enquistado en el Estado central. Las luchas contra Plaza incluyeron marchas y movilizaciones en las que las trincas gubernamentales y los señorones fueron duramente

atacados. Con frecuencia, las manifestaciones son disueltas a bala y con gases lacrimógenos (Menéndez Carrión, 1986: 280). En 1950, Guevara Moreno organizó una revuelta popular en contra del gobierno de Plaza. Tuvo el apoyo de una infantería de Guayaquil, una fuerza irregular de civiles y miembros de la guardia civil, las cuales ocuparon las instalaciones de radio y teléfono y el aeropuerto de la ciudad. Sin embargo, ese movimiento nunca contó con un fuerte apoyo popular y fue controlado por el gobierno en 24 horas (Fitch, 1977: 40). Como resultado del enfrentamiento, Guevara y algunos cabecillas militares fueron encarcelados durante catorce meses. Durante todo ese tiempo, Guayaquil vivió una permanente agitación social con asambleas callejeras y marchas en contra del gobierno nacional (Martz, 1989; Menéndez Carrión, 1986). La figura de esa lucha fue Norma Descalzi.

Luego de este episodio, Guevara Moreno triunfó en las elecciones de alcalde en 1952. En esa época, el líder cefepista aún mantenía un fuerte vínculo político con Velasco Ibarra, quien había retornado al país para participar en las elecciones presidenciales de ese mismo año. Sin embargo, a lo poco de posesionado Velasco, quien triunfó ampliamente en Guayaquil, se produjo la ruptura definitiva entre los dos líderes<sup>12</sup>. Velasco acusó a Guevara Moreno de una traición de última hora a su candidatura presidencial. Según el presidente, el líder cefepista había ordenado a las bases del partido votar por el candidato liberal. Velasco declaró una lucha a muerte en contra de Guevara y CFP. En su discurso de posesión presidencial, llegó a pedir poderes especiales al gobierno central para intervenir en los gobiernos municipales, en clara alusión al de Guayaquil. Velasco acusaba al municipio guayaquileño de ser totalitario y una amenaza para la integridad del régimen republicano (Norris, 2004: 136). Denunciaba a Guevara como un alcalde corrupto, de haber dejado la ciudad en

---

12 La relación entre Velasco Ibarra y Guevara Moreno surgió en 1940 a raíz de las protestas en contra del denunciado fraude electoral que llevó al poder a Arroyo del Río en las elecciones de ese año.

13 Velasco justificó de la siguiente manera la destitución y el exilio de Guevara Moreno ordenada por su gobierno: “Tuve que afrontar el problema de Guevara Moreno, porque, o él me arrojaba del poder en 60 días (cálculo de Stagg) inundando el país en sangre y caos para caer él asesinado después de seis meses, o yo lo dominaba para que continúe el imperio del orden y las leyes” (Citado por Norris, 2004: 138).

manos del “gansterismo y el hampa”; lo acusó también de utilizar los fondos del municipio para organizar una conspiración en contra del gobierno<sup>13</sup>. Velasco echó del municipio a Guevara Moreno y lo envió al exilio. Impuso en el cargo a Pedro Menéndez Gilbert y suprimió las siguientes elecciones de alcalde. La cúpula y los mandos medios del partido fueron perseguidos por el gobierno velasquista (Menéndez-Carrión, 1986: 299). Las razones de la ruptura entre los dos líderes apunta en varias direcciones: celos políticos de Velasco frente a la popularidad de Guevara en Guayaquil; acusaciones de traición en la elección presidencial de 1952; posteriores acusaciones de intentos de desestabilización al gobierno; y disputas entre los velasquistas guayaquileños con los cefepistas por el control del espacio local.

El exilio de Guevara Moreno lo convirtió en una “víctima”, con lo cual su popularidad creció (Menéndez-Carrión, 1986: 299). Luego de varios intentos de retorno fallidos, Guevara volvió a Guayaquil en 1954 y fue recibido de manera apoteósica. Ese mismo año, participó en las elecciones de diputado y ganó una representación por Guayaquil, pero fue descalificado por el ministro de Gobierno de Velasco, Camilo Ponce.<sup>14</sup> Guevara Moreno participó entonces en las elecciones de alcalde de Guayaquil en 1955, en las cuales perdió por estrecho margen frente a Emilio Estrada Icaza. Sin embargo, movilizó todo su poder en el Concejo Cantonal para forzar la renuncia de Estrada, quien fue remplazado finalmente por otro militante cefepista, Amalio Puga Pastor.

En 1957, en las siguientes elecciones de alcalde, ganó el candidato cefepista Luis Robles Plaza con el 73% de la votación, casi sin hacer campaña, lo que muestra la fuerza política alcanzada para ese momento por Guevara Moreno (Menéndez Carrión, 1986). Sin embargo, ese triunfo fue el preludio de una gravísima crisis municipal, provocada por la desbordante política de contratación municipal. Los problemas económicos llevaron a prolongadas huelgas y paralizaciones de los empleados municipales para exigir el pago de sus sueldos. La crisis provocó una huelga de varios meses del sindicato de barrenderos. El gobierno de Ponce contribu-

---

14 Estos datos fueron tomados de la biografía de Guevara Moreno que aparece en el Diccionario Biográfico del Ecuador de Rodolfo Pérez Rafael Pimentel: (<http://www.diccionariobiografico-ecuador.com/>)

yó a la crisis al haber asfixiado económicamente a la alcaldía. “En los momentos de mayores necesidades, el gobierno le cerró la llave” (Entrevista # 6). En ese contexto, la alcaldía de Robles enfrentó una tenaz oposición desde los enemigos de CFP, que produjo, incluso, la ruptura con Guevara Moreno. El malestar social en Guayaquil fue tan grave que causó un serísimo incidente –conocido como los tres días de Guayaquil– entre los sectores populares y el gobierno de Ponce en junio de 1959. Según Samuel Fitch, estallaron en la ciudad violentas protestas seguidas por saqueos e incendios de instituciones públicas. Para confrontar las protestas, Ponce impuso la Ley Marcial en todo el país y ordenó una operación militar con el fin de frenar los desórdenes. Hay muchas versiones sobre el número de muertos provocados por la represión. Fitch, por ejemplo, habla de 40 muertos y 150 personas hospitalizadas (Fitch, 1997: 46). Agustín Cueva habla, por su parte, de centenares de muertos (Cueva, 1986). Quintero y Ayala aseguran que hubo, por lo menos, mil muertos (Quintero y Ayala, 1990: 372). Tres meses más tarde, en la fiesta de Independencia de Guayaquil, estallaron otros incidentes que dejaron cuatro personas muertas. El rechazo a Ponce fue tan grande que en la inauguración del Estadio Capwell, a la que asistió el presidente, la silbatina le impidió pronunciar su discurso de orden. Alguien que estuvo presente en el Estadio relató que “la pifia fue ensordecedora, fue tremenda” (Entrevista # 12). “Ese día el doctor Camilo Ponce Enríquez recibió la más larga y sonora silbatina que mandatario alguno haya recibido jamás en la historia política de nuestro país” (Hoyos, Avilés, 2008: 92).

Las confrontaciones de CFP con el poder central durante los años 50 fueron permanentes y causaron una enorme inestabilidad en el gobierno municipal. Cuando se mira la década de los cincuenta desde Guayaquil, se tiene una imagen de inestabilidad política crónica, lucha permanente con el poder central, intervenciones del poder central en el municipio local para destituir y poner alcaldes propios; luchas a muerte entre cefepistas, liberales y velasquistas. Entre 1948 y 1959, al menos 10 alcaldes pasaron por el municipio de la ciudad, con un promedio de permanencia menor a un año cada uno.

## El escenario estatal en los años 50

Si en la escena política local los años 50 representaron para Guayaquil la emergencia de un partido que cambió completamente la relación de fuerzas en la ciudad, en el campo económico el país vivió una consolidación del modelo agroexportador y del poder económico de las elites locales. Veamos algunos aspectos claves del escenario estatal en los años cincuenta.

El período de estabilidad política 1948-1962 tiene como antecedente el gobierno interino de Carlos Julio Arosemena Tola. No resulta fácil explicar cómo fue que un hombre de bajo perfil político, banquero de prestigio, muy respetado en los círculos sociales de la clase alta guayaquileña, haya sido designado presidente interino por la Asamblea Constituyente de 1947. El gobierno de Arosemena Tola representó un momento de transición entre la inestabilidad política provocada por la contradictoria revolución de 1944 y la sucesión constitucional de tres presidentes en los años siguientes. De hecho Plaza fue el primer presidente electo por votación popular en terminar su período de gobierno en más de veinte años<sup>15</sup>. Resultaba ciertamente paradójico que el vacío político creado por La Gloriosa –crisis del gobierno de ADE (1944-46), dictadura de Velasco (1946-47), gobierno militar de Mancheno (1947), interinazgo de Mariano Suárez Veintimilla(1947)– terminara devolviendo la política a una figura de la oligarquía guayaquileña.

El tema clave que resuelve Arosemena Tola durante su corto interinazgo fue el diseño de una nueva arquitectura institucional para la política monetaria, cambiaria y crediticia del Ecuador. El instrumento clave fue la nueva Ley de Régimen Monetaria expedida en marzo de 1948, y cuya puesta en funcionamiento correspondió al gobierno de Plaza. El nuevo instrumento reorientó las funciones del Banco Central del Ecuador a partir de las recomendaciones realizadas por una misión del Fondo Monetario Internacional, encabezada por el prestigioso economista Robert Triffin (Miño, 2008: 130). La importancia de la nueva Ley no solo se explica por su alcance y contenido estrictamente económico, sino por haber sido acordada en un amplio consenso de los grupos económicos de la

---

15 El último había sido José Luis Tamayo en 1924 (Norris, 2004).

sierra y la costa, y técnicos prestigiosos del Banco Central. Gracias a ese consenso, el nuevo régimen monetario logró constituirse en una pieza clave, crucial, de la estabilidad económica y de la continuidad política de los años 50. No hay que olvidar que la política monetaria y crediticia del Banco Central se había convertido en un elemento de controversia permanente entre el gobierno central y los bancos guayaquileños desde 1927<sup>16</sup>. La nueva Ley de Régimen Monetario tuvo la virtud de sacar ese fantasma del escenario político<sup>17</sup>.

La nueva Ley se inspiró en un marco conceptual keynesiano que promovió una mayor intervención del Estado de acuerdo a la dinámica de los ciclos de expansión y depresión económicos (Miño, 2008: 132). Entre los cambios más importantes introducidos por la Ley están un conjunto de nuevas funciones para el Banco Central. Le reconoció, en primera instancia, mayor poder de intervención en la política monetaria y en el mercado financiero. Y en segundo lugar, concentró en una sola institución central la orientación de la política monetaria y crediticia del país (Miño, 2008: 132). Las dos nuevas funciones reconocidas al Banco Central correspondían a una concepción según la cual el Estado debía convertirse en un agente activo de orientación económica anticíclica y promotor de las condiciones necesarias para el desarrollo del país (López, 2008: 68).

La tercera innovación clave, provocada por la nueva Ley, fue la creación de la Junta Monetaria como organismo autónomo rector de la polí-

---

16 El Banco Central fue creado en 1926 durante el gobierno de Isidro Ayora (1926-1931), a quien le correspondió llevar adelante las principales transformaciones del Estado proclamadas por la Revolución Juliana de 1925. Entre las instituciones que se crearon durante ese período están la Superintendencia de Bancos y la Contraloría General de la Nación. Catherine Conaghan sostiene que la Revolución Juliana fue un intento por transitar de un capitalismo liberal, sin restricciones y controles, a un capitalismo regulado por el Estado (Conaghan, 1988: 41). La Revolución Juliana marca el anhelo político de formar un Estado central fuerte, moderno, que estableciera distancias con los grupos de poder guayaquileños mediante instituciones que delimitaran y diferenciaran lo privado de lo público, los intereses oligárquicos de los intereses estatales. El propósito de contar con un banco emisor fue ejercer un control estatal sobre la política monetaria y cambiaría en el país, controlada, durante el período liberal, por los bancos emisores guayaquileños y los grupos comerciales.

17 A fines de 1939, en uno de los momentos más álgidos del conflicto, se produjo una agitación federalista en Guayaquil, como reacción precisamente a la política crediticia del Banco Central con los bancos guayaquileños (Quintero, 1991). Durante muchos años, los grupos financieros guayaquileños consideraron al Instituto Emisor como la expresión más peligrosa del centralismo estatal.

tica monetaria, cambiaria y crediticia. La independencia de la Junta Monetaria limitaba las discrecionalidades del Ejecutivo en el manejo de la economía –gastos, fijación de tasas de interés, encaje bancario– etc. transfiriendo esas decisiones a una instancia de coordinación entre las instituciones políticas del Estado –Ejecutivo y Legislativo– y los grupos de poder económico bancario, productivo y comercial. La independencia del Banco Central fue respetada por los gobiernos de Plaza, Velasco y Ponce. La continuidad institucional se reflejó en el hecho de que Guillermo Pérez Chiriboga, un técnico de mucho prestigio vinculado a las elites quiteñas, ocupó la gerencia del Banco Central durante casi 20 años. “Se mantuvo todo ese tiempo en un puesto de alta inestabilidad, cuando la máxima duración de un gerente general era de cuatro años, pero en promedio la estaba no llegaba a dos” (Miño, 2008: 133, 139 y 140).

La renovación institucional para una nueva política monetaria y crediticia empató con la puesta en escena de una política desarrollista desde fines de la década de los cuarenta. El desarrollismo fue una suerte de marco ideológico general de orientación de las políticas estatales, cuyas principales coordenadas fueron establecidas también por Plaza. Los ejes de la nueva política fueron tres: construcción de una infraestructura vial, modernización del aparato gubernamental, y fomento de una primera etapa de industrialización (Salgado, 1978: 45-46). Sin embargo, en el gobierno de Plaza, el énfasis se puso inicialmente en la modernización de la agricultura (Salgado, 2008: 131), sobre todo, a través del fomento al cultivo y exportación del banano, que se convirtió en el motor de la economía ecuatoriana durante toda la década. El desarrollismo resuelve para el país y para los grupos económicos de la costa la ausencia de un modelo económico desde la crisis del cacao. La ausencia de modelo se debe a las pobres perspectivas de un desarrollo industrial en el Ecuador, pero también a las dificultades que encuentra la economía de exportación para insertarse nuevamente en el mercado mundial. (Entrevista # 10)

El modelo agroexportador había empezado a recuperarse desde finales de los años 30 por efectos de la II Guerra Mundial. Entre 1939 y 1944 creció de manera significativa la demanda de nuevos productos ecuatorianos –arroz, balsa, caucho y cascarilla, principalmente– y de los productos tradicionales –cacao, café y sombreros de paja toquilla–. El crecimiento



de las exportaciones en los años cuarenta empató luego con el *boom* bananero. El Ecuador incursionó en la producción de la fruta gracias a una política de fomento impulsada por el gobierno de Plaza y una coyuntura favorable por la destrucción de las plantaciones de Centroamérica, factores a los que se unió el interés de las empresas transnacionales comercializadoras del banano en el mercado mundial (la *Standard Fruit* y la *United Company*). La expansión de este cultivo se produjo rápidamente entre 1949 y 1952 (Salgado, 1978: 31). En 1952 las exportaciones totales ecuatorianas, empujadas por el banano, llegaron a 79 millones de dólares, y, dos años más tarde, sobrepasaron, por primera vez, la barrera de los 100 millones, hasta alcanzar los 125 millones. Para dimensionar este boom exportador del Ecuador bastará con señalar que en un lapso de 14 años, esto es, entre 1940 y 1954, las ventas externas del país pasaron de apenas 10,3 millones de dólares a 125 millones (Fischer, 1983; Salgado, 1978).

La producción bananera, a diferencia de la cacaotera, se desarrolló principalmente en medianas propiedades controladas por 3000 productores nacionales (Larrea, 1987b: 47). Plantaciones de menos de 25 hectáreas representaban el 48 por ciento de las unidades productivas (Conaghan, 1988: 39). “Los productores agrícolas tradicionales fueron, en consecuencia, desplazados por un nuevo grupo social, los pequeños y medianos productores, quienes incorporaron a la producción vastas áreas de la costa interna” (Quintero y Ayala, 1990: 368). Sin embargo, a diferencia también del cacao, la comercialización externa del banano estuvo controlada por dos empresas transnacionales (United Fruit y Standard Fruit) y una nacional (la exportadora Noboa). Larrea sostiene que la producción bananera se realizó bajo un mayor control nacional del sistema productivo —comparado con Centroamérica— y con una mayor participación del Estado (Larrea, 1987: 26). Este mismo autor estima que de todo el excedente exportador generado por el banano, al menos el 30% se quedaba en el Ecuador —a través del grupo Noboa— y se reinvertía en el país (Larrea, 1987: 53). “Nunca se había dado una recuperación socioeconómica tan profunda en un período tan corto” (Larrea, 1987: 37). Durante la primera mitad de la década de los cincuentas, la economía ecuatoriana creció más rápidamente que en cualquier otro período de la historia nacional. El PIB aumentó a un promedio del 5,1% anual, la inversión

total lo hizo al 16% anual, y la inversión pública al 22,5%, cifras todas envidiables (Salgado, 1978: 31-32). En la segunda mitad de la década, la producción bananera siguió creciendo en el Ecuador. Larrea sostiene que entre 1954 y 1965 la tasa anual de crecimiento promedio del PIB fue del 4,8% (1987: 37). Sin embargo, una sobre oferta mundial redujo la demanda y produjo una caída de los precios internacionales a fines de la década. Muchos pequeños y medianos productores se vieron imposibilitados de seguir exportando sus cosechas.

Cuando empieza el *boom* de las exportaciones de banano, los grupos económicos guayaquileños, anclados en la banca y el comercio de importación principalmente, se encontraban muy fortalecidos por la expansión de la economía desde fines de los 30. El eje de ese poder estuvo representado por los bancos. La Previsora era para entonces, de largo el banco más grande del Ecuador, y el Banco de Descuento, el tercero más importante (Miño, 2008).<sup>18</sup> Entre 1940 y 1943, por ejemplo, el capital de La Previsora creció en 247,7%, al pasar de 6.0 millones de sucres a 21.0 millones. En el mismo período, el capital del Banco de Descuento creció de 3.9 a 8.3 millones. Para apreciar el impacto sobre los dos bancos guayaquileños del auge económico de los cincuenta, basta señalar que, al final de esa década, los activos de los dos bancos representaban más del 70% de los activos totales del sistema. El crecimiento de la actividad bancaria se explica por un vertiginoso aumento de sus operaciones crediticias durante todo el período<sup>19</sup>. Como ratifican North y Maiguashca, “la clase dominante costeña estaba bien establecida en las actividades rurales y urbanas cuando sobrevino el auge bananero”. De allí que estos dos autores sostengan que el *boom* de exportaciones fortaleció el poder socio económico y político de la elite cerrada financiera comercial de la región, sin que, por ello, se produjera una transformación cualitativa de su naturaleza (1991: 106, 126, 127, 130 y 145).

---

18 Estos bancos se constituyeron en los ejes del sistema financiero guayaquileño y nacional después de la liquidación del Banco Comercial y Agrícola, y del Banco del Ecuador a fines de los años 30, por la crisis del cacao.

19 Junto al La Previsora y el Banco de Descuento funcionaban dos bancos con sede en Quito, el Pichincha y el de Préstamos. Los activos de estos dos bancos alcanzaban poco menos del 30% del total a fines de la década de los 50 (Miño, 2008: 145).

La solidez que otorga el *boom* bananero a los grupos financieros y comerciales de Guayaquil, condicionó todo el desarrollo industrial del Ecuador en la década de los cincuenta, y limitó, como han subrayado múltiples estudios, el surgimiento de una burguesía moderna con intereses económicos claramente diferenciados de la oligarquía. (Conaghan, 1988; Fisher, 1983)<sup>20</sup>. Condicionó el desarrollo industrial desde dos perspectivas: por un lado, dio una serie de incentivos a los mismos grupos económicos tradicionales para extender y diversificar sus inversiones en nuevos sectores productivos; de otro, puso un límite al desarrollo de la industria ya que el financiamiento se encuentra condicionado por el sector externo de la economía. Como sostiene Sabine Fisher, mientras el modelo primario exportador estuvo vigente, el desarrollo industrial quedó subordinado al sector externo, debido a una constelación de clases dominantes interesadas en mantener el modelo (Fisher: 1983: 240). No hay duda de que el poder de la oligarquía guayaquileña se renovaba y fortalecía con cada expansión del modelo agroexportador<sup>21</sup>. En los años 50, el modelo se revitalizó gracias a una inédita coalición de intereses entre el Estado –generador de la infraestructura vial y portuaria y movilizador de crédito– la “burguesía local” –que desarrolló las actividades administrativas y financieras para la expansión del complejo exportador– y el capital transnacional –con la comercialización de la fruta y, en parte, con la producción–. (Larrea, 1987: 47; también Fischer: 1983: 240).

Si bien con Plaza el fortalecimiento de las capacidades técnicas del Estado se orientó hacia la agricultura más que a la industria (Salgado, 2008), la tendencia hacia la industrialización apareció como un horizonte ineludible de la política económica bajo la influencia del desarrollismo y su crítica al modelo primario exportador. Dicha tendencia se convirtió en fuente de conflictos regionales desde mediados de los años 50 (Conaghan, 1988: 40). La primera fuente de conflicto se genera a partir

---

20 Hay un amplio debate sobre este tema en las ciencias sociales ecuatorianas. Algunas referencias son: Argones (1984), Hurtado (1997), Cueva (1988), Verdesoto (1990), Guerrero (1983)

21 A fines de los 30, por efectos de la Segunda Guerra Mundial, la demanda de nuevos productos primarios ecuatorianos –arroz, balsa, caucho, cascarilla– y de productos tradicionales –cacao, café y sombreros de paja toquilla– creció de manera significativa. Este período de expansión de las exportaciones empató luego con el boom bananero (Miño, 2008: 101).

de pugnas de intereses entre grupos que defendían acciones del Estado para proteger al mercado interno, y a los importadores guayaquileños. Fueron notorios los conflictos alrededor de la industria alimentaria, de la industria de línea blanca y de la industria del caucho. Durante el gobierno de Ponce, por ejemplo, la pugna entre grupos regionales partidarios de las dos políticas provocó nuevamente el apareamiento de un movimiento regionalista en Guayaquil para evitar la instalación de la Compañía Ecuatoriana del Caucho en Cuenca. Esta industria, formada por capitales extranjeros y nacionales, había intentado instalarse en el país desde mediados de los cincuenta, pero recién pudo empezar a producir en 1963 (Conaghan, 1988; Quintero, 1991). El impulso hacia la industrialización quedó delineado con la expedición en 1957 de la primera Ley de Desarrollo Industrial por el gobierno de Ponce. “La ley concedía exoneraciones tributarias a las empresas industriales por su contribución a la sustitución de importaciones, uso de materia prima local y capacidad exportadora” (Conaghan, 1988: 43).

Pero vista la década en conjunto, se puede afirmar que los grupos de poder guayaquileños no tuvieron problemas de representación en el Estado ni tampoco vieron amenazados sus intereses. Plaza fue un político liberal proveniente de la aristocracia serrana. Su originalidad consistió en renovar el liberalismo al vincular la democracia con el desarrollo gracias a una redefinición del rol del Estado (Salgado, 2008). Fue durante el gobierno de Plaza cuando se establecieron los marcos para la intervención del Estado a favor del desarrollo. Como se ha visto, ese marco quedó establecido, en gran medida, a través de un pacto entre los grupos de poder de la sierra y la costa de donde nació la Junta Monetaria. Ese pacto fue acordado bajo el gobierno interino de Arosemena Tola. En ese proceso de reforma institucional, también participó activamente Emilio Estrada Sciacaluga como presidente del Banco La Previsora. No había razones, por lo tanto, para que los grupos guayaquileños se sintieran amenazados en sus intereses económicos bajo el incipiente modelo desarrollista. Como si ello fuera poco, entre 1950 y 1952 la Junta Monetaria estuvo presidida por el banquero guayaquileño Clemente Yerovi Indaburu, ministro de Economía en los dos primeros años de Plaza, y presidente de la Junta Monetaria en los dos últimos (López, 2008).

Había, además, razones políticas para que los grupos de poder apoyaran a Plaza. La más importante, la agitación de CFP en Guayaquil. Carlos de la Torre recuerda que los sectores altos guayaquileños, vinculados al diario *El Universo*, y figuras liberales independientes, como Francisco Arízaga Luque, consideraban a CFP como la expresión más vil de las pasiones de las clases bajas (De la Torre, 2008). El CFP empezaba a convertirse en una amenaza fuerte en el campo de la política local como para hacer el juego a una desestabilización de Plaza.

Plaza modernizó al liberalismo pero también fue innovador en sus prácticas y estilo de gobierno, caracterizados por la tolerancia y el pluralismo (De la Torre, 2008; López, 2008, entrevista # 7). El ambiente de tolerancia, en medio de la siempre turbulenta política ecuatoriana, creó un horizonte de confianza frente al proceso electoral de 1952, donde aparece nuevamente Velasco Ibarra. Fue una década que permitió la institucionalización de los triunfos electorales como mecanismo legítimo de ascenso al poder. Bien puede afirmarse que el gobierno de Plaza construyó ese horizonte político para la década.

El tercer velasquismo (1952-1956) mantuvo buenas relaciones con los grupos oligárquicos. Velasco Ibarra contó con el apoyo financiero de figuras tan importantes y respetadas por la sociedad guayaquileña como Juan X. Marcos (Norris, 2004: 125). Este empresario es descrito como el “obispo de la oligarquía, un hombre de una cultura francesa, un aristócrata, nunca dijo una mala palabra, muy simpático, muy consciente, despertaba una gran respetabilidad” (Entrevista # 7)<sup>22</sup>. En los años cincuenta, la oligarquía tenía buenas razones para apoyar al velasquismo: era la alternativa menos costosa frente a la crisis del Partido Liberal, al que Velasco combatió durante todo su vida política, y la única opción para enfrentar las amenazas de la movilización popular de Guevara Moreno. El único pro-

---

22 Marcos fue el hacedor de Luis Noboa Naranjo, la mayor fortuna de Guayaquil en los años 50 gracias al banano. Mientras el primero provenía de las familias oligárquicas guayaquileñas, cuya fortuna se hizo en la industria azucarera, Noboa fue un empresario de origen humilde, que empezó la formación de su enorme imperio económico con la exportación de arroz en los años 40, y lo expandió de manera impresionante en los años 50 y 60. Como ocurre casi siempre en la sociedad guayaquileña, también en este caso influían las relaciones de parentesco, generando vínculos sociales y políticos. Noboa era cuñado de Francisco Ponce Luque, el hombre de mayor confianza política de Velasco Ibarra en Guayaquil.

blema con Velasco era la naturaleza caudillista de su liderazgo. El apoyo de los grupos económicos de Guayaquil a Velasco no debe tomarse como expresión de una ideología empresarial detrás suyo (Entrevista # 4).

El triunfo de Ponce en las elecciones de 1956 se explica, en buena parte, por la presencia fuerte del CFP, con su líder Guevara Moreno como candidato presidencial. La rivalidad de Ponce con Guevara Moreno fue parte de las luchas del conservadorismo y los sectores medios guayaquileños por influenciar sobre el velasquismo. Después de La Gloriosa, las relaciones de Velasco con Ponce se hicieron cercanas. En parte, la influencia de Ponce provocó la ruptura de Velasco con el líder cefepista. El triunfo de Ponce fue posible gracias a que la candidatura de Guevara Moreno fraccionó la votación electoral costeña entre los candidatos populista y liberal (Raúl Clemente Huerta).

Lo interesante de los años 50 fue que tanto el liberalismo de Plaza como el conservadorismo de Ponce representaron una modernización de las corrientes políticas tradicionales de la clase alta quiteña. Ponce había formado en 1951 el Movimiento Social Cristiano a partir de un grupo disidente del partido Conservador. El movimiento social cristiano levantó posiciones de “avanzada social”, y expresó la “lenta metamorfosis” de los terratenientes tradicionales serranos en empresarios capitalistas (Quintero y Silva, 1991). Si bien la afirmación parece exagerada, Plaza desde el liberalismo, y Ponce desde el conservadorismo católico, representaron esfuerzos de actualización de las elites terratenientes serranas frente a una inevitable modernización agraria y regional, que obligaba, simultáneamente, a innovar la concepción del Estado. El proyecto de Ponce habría que entenderlo como un esfuerzo por incorporar, a los viejos idearios conservadores, algunos de los principios de la Democracia Cristiana Internacional. Se trataba de un proceso, como han sostenido (Ayala, Quintero, 1990). por adaptar el pensamiento político conservador a la inevitabilidad del Estado laico, en un momento en el cual, también el liberalismo, incorporaba elementos de un imaginario desarrollista. El Movimiento Social Cristiano se planteó, como objetivo, dar un contenido social al Estado liberal, al que consideraba una simple “superestructura política” del capitalismo materialista, no sustentado en una visión integral del hombre como “conjunto inseparable de cuerpo y alma” (Principios Doctrinarios

del Partido Social Cristiano del Ecuador). Definía la justicia social como una obligación moral –es decir, independiente de las leyes positivas– compartida por la familia, la sociedad y el Estado. El conservadorismo de Ponce, como veremos a continuación, coincidía, en mucho, con el tradicionalismo social y cultural de las elites guayaquileñas.

### Lo oligárquico y lo social

Si los grupos de poder guayaquileños enfrentaron desde 1950 la irrupción del CFP en la política local y regional costeña, incursión que los desplazaba del control político sobre la ciudad, en el espacio social de Guayaquil conservaron un enorme prestigio vinculado a su labor de beneficencia social. Se ha explorado poco esta práctica de la oligarquía guayaquileña que la descubre con un rostro distinto al que se le retrata desde el discurso populista, en donde aparece como la encarnación de una estructura de poder que oprime y somete al “bajo pueblo”. Parte de la imagen dura de la oligarquía proviene de la carga emocional de los términos con los cuales el discurso populista denuncia los sufrimientos y la condición social de los explotados. Desde la práctica de la beneficencia social, el rostro de la oligarquía se muestra distinto: aparece bajo el signo de la solidaridad, la generosidad y el compromiso con los menesterosos (Entrevista # 5). Se puede sostener que, en el marco de la cultura política guayaquileña, la oligarquía existe en un mundo contradictorio: la imagen de un grupo egoísta, insensible, opresor, insaciable, se contrapone con la imagen de un grupo generoso y solidario. Quizá son los dos rostros contradictorios de los grupos de poder: el que proviene de su propia autorepresentación y el que surge desde quienes los combaten. Los líderes populistas han mostrado una gran capacidad para hacer público los secretos e intimidades de la propia vida oligárquica –reales e imaginarios– como una estrategia discursiva para descalificar moralmente a sus integrantes frente a los sectores populares, pero también para mostrar de qué manera sus prácticas sociales encierran lógicas de dominación y poder (De la Torre, 1996).

La noción misma de oligarquía condensa múltiples significados, es un territorio simbólico disputado, alrededor del cual se construyen posicio-

nes, se definen identidades, a la vez que se despliegan estrategias de lucha para combatirla. El término parece describir en la cultura política guayaquileña una relación excluyente entre poder económico y preocupación por lo social. En esa relación de lo económico con lo social, se construye precisamente el problema del egoísmo y la insensibilidad denunciadas por CFP. Fue un ex-militante cefepista quien, a mi juicio, dio la clave para descifrar el significado del término en la cultura política guayaquileña: “(La oligarquía) es el grupo que tiene poder económico y trata de conservarlo a toda costa” (Entrevista # 1). De manera impresionista, suele decirse que este grupo de poder económico representa a una minoría que “no alcanza a más del 5% de la población” (Entrevista # 1). El poder estrictamente económico se lo valora de manera negativa, como un poder codicioso, ambicioso, acaparador, que invade el “corazón y los sentimientos” de quienes lo poseen y lo exhiben de modo ostentoso. “Cuando a un oligarca le tocas el bolsillo, le tocas lo más profundo de su sentimiento y de su corazón” (Entrevista # 1). La definición la hizo nuestro entrevistado para explicar hasta dónde Assad Bucaram había combatido a los grupos oligárquicos cobrándoles impuestos en su época de alcalde. Pero en la imagen del mismo ex-militante, la preocupación por lo social transforma el espíritu del poder económico, otorgándole una cierta nobleza, una cierta estatura moral. A los ojos de nuestro entrevistado, Nebot, por ejemplo, no es un oligarca porque ha mostrado, como alcalde, una gran preocupación por lo social. “Si bien viene de un grupo de poder, su accionar es social, dirigido a las grandes mayorías” (Entrevista # 1). Lo social pareciera establecer un enlace entre la minoría y las mayorías, entre la minoría próspera y las mayorías desposeídas, entre quienes tienen capital económico y quienes solo tienen necesidades insatisfechas y sufrimientos. En lo social se encierra la posibilidad de construir un sentido de comunidad. Cuando se le desprende de este rostro social, estrategia de todo discurso político que la cuestiona, entonces la imagen de la oligarquía es la de un grupo de poder sin referentes morales y sociales, insensible y egoísta.

El mismo juego parece proyectarse sobre el campo de las identidades regionales. Hay quienes, desde Guayaquil, consideran que el término oligarquía es una “estigmatización” que se hace desde Quito de los grupos de poder guayaquileños, dada la condición de Guayaquil como “capital econó-



mica” del Ecuador. La distinción entre “capital económica” y “capital política” configuraría la estructura del Estado ecuatoriana y determinaría las dinámicas de conflicto regional: es un conflicto entre dos formas de capital (para jugar con Bourdieu). “A partir de eso se estigmatizó a Guayaquil como la capital económica, abusadora, oligárquica” (Entrevista # 4).

La idea de la beneficencia como un rasgo de identidad guayaquileña se la explica como una expresión histórica nacida de la necesidad de suplir la ausencia del Estado. En el caso de Guayaquil, esa ausencia y debilidad del Estado llevó a los grupos de poder a desarrollar, desde fines del siglo XIX, su propio aparato de atención y protección social de los pobres. La política de beneficencia se hace desde un discurso de solidaridad, compromiso, ética cristiana, y se la considera auténtica y desinteresada. “Esta preocupación por lo social es sincera, hay un compromiso, no es tramposa, es una tradición (en la ciudad). Es la debilidad del Estado, a comienzos del Siglo XX, la que mueve este sentimiento” (Entrevista # 8). Al sentimiento benefactor se lo define como generosidad desinteresada de las clases altas. “El tema asistencial es la ayuda al menesteroso porque uno de los signos más importantes del guayaquileñismo es la generosidad. Toda la asistencia a la gente pobre, a la gente humilde la hacía la oligarquía. Es una actitud altruista, nada a cambio” (Entrevista # 5).

No solo la ausencia del Estado explicaría el surgimiento de este espíritu de solidaridad; también las adversidades a las que se enfrentó la ciudad, desde su nacimiento, por las pestes, los incendios y los saqueos piratas (Hoyos y Avilés, 2008). “Es parte de la mitología que hemos construido” (Entrevista # 6). Una mitología que funciona para sustentar y reproducir un espíritu de solidaridad: “imagínate el grado de solidaridad que hizo surgir entre sus habitantes; imagínate la ciudad al día siguiente de un incendio” (Entrevista # 4). Hay algo de fundamento en la explicación: Guayaquil, en efecto, sufrió severos incendios que la destruyeron casi por completo, siendo el más grave de ellos el que ocurrió en 1896, que arrasó más de la mitad de la ciudad, de allí que se lo conozca como el “incendio grande”.

Finalmente, la beneficencia se ha convertido en una tradición de muchas familias que la asumen como un espíritu de servicio altruista hacia la comunidad. “Mi padre era miembro de varias de estas instituciones y

cuando cumplí 18 años me dijo un día: no pienses que en la vida todo es hacer dinero, tienes algún día que trabajar gratis” (Entrevista # 12). A los 27 años, poco después de la muerte de su padre, nuestro entrevistado fue invitado a unirse al directorio de SOLCA. “Yo tengo 36 años de voluntario, estuve más de 20 años en Solca, y desde hace varios años formo parte del directorio de la Junta de Beneficencia” (Entrevista # 12). Ejemplos, como el suyo, se pueden mencionar muchos.

La institución insignia, la expresión materializada de ese espíritu, es la Junta de Beneficencia de Guayaquil. Desde su fundación en 1888, la Junta ha mantenido el mismo esquema de organización para no extraviarse del sentido benefactor con el cual fue creada. Así lo sostiene su actual presidente, Oscar Vernaza Orrantía, en la presentación de un libro que recoge la historia de los 120 años de vida de la entidad. “El esquema orgánico funcional de la Junta, en su parte medular y desde su primer estatuto, mantiene sus aspectos fundamentales, en una tradicional donación silenciosa del voluntariado, que debe cumplir deberes y no goza ni puede gozar, por ninguna circunstancia, de sueldos o emolumentos de la entidad, como así, expresamente, lo indica la disposición estatutaria que prima para todos y cada uno de los miembros de la Junta de Beneficencia de Guayaquil” (Sánchez Varas, 2008).

La Junta surgió inicialmente como una institución municipal para atender los hospitales, manicomios y cementerios, pero ha ido ampliando su cobertura, de manera progresiva, a lo largo del tiempo<sup>23</sup>. La “donación silenciosa” de una actividad voluntaria se explicitó desde el día mismo en que se invitó a los primeros guayaquileños a constituir el primer directorio. Se pedía a sus miembros “tener una firme disposición de servicio, sentido claro de responsabilidad social y reconocida honorabilidad” (Sánchez Vera: 24-25). En el discurso de bienvenida al primer directorio, Francisco Campo, presidente del Consejo Cantonal, sostuvo que “con la creación

---

23 Actualmente “la Junta cubre no menos del 40% de los servicios de salud. A través de los hospitales atiende a cerca de 2 millones de personas al año. Cerca del 30% de los pacientes proviene de fuera de Guayaquil, y alrededor del 20% de fuera de la provincia. Todas las tarifas son simbólicas: una operación, que incluye todo, puede estar costando 200 dólares. Al año, concede alrededor de 5 millones de dólares en descuentos, sobre las tarifas bajas que tiene. Y también concede algo así como 2 millones de dólares al año en exoneraciones” (Entrevista # 12).

de la JBG se ha abierto un vasto campo de acción, se han extendido los horizontes en espera del bien público”. La práctica de la beneficencia se inspira en un sentimiento moral de compromiso religioso: es la práctica de las “virtudes cristianas”, la manifestación concreta de los nobles sentimientos. La beneficencia, decía el mismo Campo, busca “aliviar a todo ser que sufre, pertenece a nuestra sociedad y la sociedad le auxilia, desaparecerá, poco a poco, el doloroso espectáculo de la miseria pública, y la caridad, esa hija del cielo, la hermosa virtud hermana de la fe, y hermana de la esperanza, cubrirá con su manto constelado toda miseria y todo dolor” (Sánchez Varas, 2008: 27).

La Junta fue, desde su inicio, un espacio de articulación de la elite guayaquileña entorno a los valores expresados por Campo: voluntariado silencioso, disposición de servicio, sentido claro de responsabilidad social y reconocida honorabilidad. En la sociedad de comienzos de siglo, empujada por el auge cacaotero y la enorme riqueza generada, la distinción entre la elite social y la elite política no existía, se confundían en un solo cuerpo. Quizá fue la época en que se podía hablar del apogeo de la oligarquía en el Ecuador como clase, es decir, como un grupo de poder que articulaba, alrededor suyo, todas las formas de capital: social, económico, político y simbólico. En términos de Bourdieu, una auténtica clase social (Bourdieu, 2001; Swartz, 1997). Basta señalar algunos datos para confirmar la fusión de todos los capitales en un solo grupo. Todos los presidentes del llamado liberalismo plutocrático fueron miembros de la Junta de Beneficencia de Guayaquil: Lizardo García (1905), Emilio Estrada Carmona (1911), Alfredo Baquerizo Moreno (1916-1920) y José Luis Tamayo (1920-1924). En los años siguientes, otros dos miembros de la Junta ocuparían también la presidencia de la República: Carlos Alberto Arroyo del Río (1940-1944) y Carlos Julio Arosemena Tola (1947-1948). No hay la idea, sin embargo, de que la Junta haya sido una organización creada con fines políticos. “Las elites se identificaron con la JBG, pero no es que se la formó con la finalidad de crear un poder político alternativo. A pesar de que hay políticos que han pertenecido a la Junta, yo no la veo metida en la política” (Entrevista # 11). De acuerdo con esta visión, hay una clara distinción entre la Junta, la beneficencia y la política, que se ha ido fortaleciendo a lo largo del tiempo.

La beneficencia descubre un rasgo de las elites guayaquileñas poco explorado: su afiliación católica no siempre reconocida por la identificación que se ha hecho de ellas desde la política con el liberalismo y el Partido Liberal. Pero el espíritu que mueve la creación de la Junta, y que el directorio se ha empeñado en mantenerlo de modo invariable, muestra el tradicionalismo católico de la elite. Un ex-candidato cefepista definió este rasgo de manera fina: sostuvo que en Guayaquil la diferencia entre liberales y conservadores solo consistía en la hora a la que acudían a la Iglesia: “Mientras los primeros iban muy tempranito, los segundos lo hacían a medio día para que todos los vieran” (Entrevista # 5).

Así como la Junta ha servido para construir un sentimiento de comunidad a través de la solidaridad, como un puente entre los ricos y los pobres, ha servido también, a lo largo del siglo XX, como una institución para afirmar y defender una cierta noción de autonomía de Guayaquil respecto del poder central. La defensa de la autonomía describe un escenario de conflicto y confrontación entre la elite local y las pretensiones centralizadoras del Estado. Inicialmente, cuando la Junta era municipal, financiada con recursos municipales, la lucha se desplegó frente a los diversos intentos gubernamentales por fiscalizarla o sujetarla a la administración del Estado. Hay múltiples conflictos que movilizan a los guayaquileños en la defensa de la autonomía de la Junta. Muchos de esos conflictos surgen para defender las fuentes de su financiamiento y las rentas asignadas a ellas. En todos esos enfrentamientos, se impuso finalmente la idea de la autonomía mediante decisiones de los gobiernos que la exceptuaron de las disposiciones generales. Se han dado episodios de conflicto muy fuertes y todos esos intentos fueron resistidos desde la crítica al centralismo y la reivindicación de la autonomía<sup>24</sup>.

La beneficencia, como una tradición reconocida por la elite guayaquileña como una tradición propia, confiere un capital social a sus miembros. Dentro de la constelación de capitales mencionada, la Junta representa el capital propiamente social. El directorio de la Junta, como lo definió el hijo de quien administrara durante 25 años la Lotería, “es un direc-

---

24 Hay muchos momentos de confrontación entre la Junta y los gobiernos centrales a lo largo del siglo XX (Sánchez Varas, 2008). Los conflictos son interpretados como defensa de la autonomía de la Junta frente a intentos de centralización estatal.

torio de elite, sin duda” (Entrevista # 11). Ser incluido en el directorio de la institución constituye un acto de reconocimiento social y concesión de prestigio. Un hecho anecdótico, pero muy simbólico al respecto, constituye el reingreso al directorio de la Junta de Carlos Alberto Arroyo del Río en 1956, por un pedido expreso de la Junta General Ordinaria. Arroyo del Río se había separado voluntariamente de la institución después de su renuncia como presidente de la República. Readmitirlo constituía, en términos sociales, un acto de desagravio hacia el ex-presidente condenado por la mayoría de sectores políticos del país como un traidor de la Patria. Frente a esa imagen ignominiosa, la Junta lo desagraviaba reincorporándolo a su seno.

El trabajo de Patricia de la Torre muestra que el núcleo más importante de la Junta ha constituido cuatro grupos de parentesco a los que han pertenecido 51 de los 249 notables que han formado parte del directorio de la entidad entre 1888 y 1988. “(E)l parentesco es la relación, surgida del grupo original, que une a los actores entre sí y que, en términos temporales, es permanente en la institución” (De la Torre, 2004: 293). El parentesco configura una red de relaciones muy sólidas, con lazos afectivos intensos, que se heredan de una generación a otra. Recrea un capital social manejado con extremo cuidado y exclusivismo. Es un capital que asegura el éxito en el campo más amplio de las relaciones sociales, gracias al acceso a privilegios, tratos preferenciales, recomendaciones y favores (De la Torre, 2004: 301). Además, ha servido de enlace permanente con la política, aunque la Junta misma no hiciera política. Ha sido un emporio de figuras políticas locales y nacionales desde su fundación. A parte de presidentes, han salido de sus filas alcaldes, concejales, gobernadores, diputados, ministros de Estado y senadores. (De la Torre: 304). “La JBG ha establecido una línea de distinción muy fina entre su tarea de protección social y beneficencia, y la política. Sus miembros han estado en la política, pero la JBG no hace política”. (Entrevista # 11).

Si no hace política al menos refuerza un poder social de las elites en un doble sentido: como preocupación paternal y moral hacia los pobres—lo cual no quiere decir que, al mismo tiempo, no exista violencia y poder en las relaciones sociales— pero también como elemento de distinción y prestigio, generador, a la vez, de un sentimiento de grupo estamental muy

fuerte. Al poder económico, la oligarquía siempre sumó este capital social, lo que ha determinado parte de su naturaleza como grupo de poder<sup>25</sup>.

## Conclusiones

Quisiera cerrar este trabajo con algunas reflexiones finales sobre el poder oligárquico y su trayectoria en la década de los cincuenta. Parto de una definición de la sociología weberiana sobre el poder estamental como una forma de distribución del honor y el prestigio social típicamente tradicional. Weber estableció una distinción importante entre el poder de clase y el poder estamental: mientras la clase obtiene su poder de la posesión de bienes en el ámbito del mercado, el estamento lo consigue por una estimación social específica –positiva o negativa– del honor adscrito a alguna cualidad común a determinadas personas. El honor estamental se halla casi siempre en oposición a la pura posesión de bienes. Weber planteó una tensión entre la clase y el estamento, entre el orden económico y el orden social, en la medida en que cada uno de esos conceptos alude a formas históricas distintas de distribución del poder. “El orden social se ve amenazado cuando la mera adquisición económica y el poder puramente económico pueden otorgar el mismo honor a quienes los han conseguido, o puede inclusive otorgarles un honor superior en virtud del éxito, al que pretenden disfrutar los miembros del estamento en virtud de su modo de vivir” (Weber: 1964: 687, 688 y 691).

La sociología latinoamericana, en una línea cercana a la de Weber, sostuvo que en el mundo social y económico de las oligarquías convergen elementos modernos y tradicionales, lo viejo y lo nuevo. Junto a la riqueza económica, fruto de una actividad productiva volcada al mercado externo, aparecía también acumulado en ella el prestigio y el honor social. Sin embargo, y a diferencia de lo planteado por Weber, ambos elementos pudieron convivir de manera bastante armoniosa y complementaria, en la medida en que la oligarquía encarnaba un momento de transición desde

---

25 Patricia de la Torre llega en su estudio a una conclusión sugestiva en términos analíticos: sostiene que el poder local de Guayaquil no tiene sus raíces en lo político sino en lo social, articulado, a su vez, por lazos familiares.

la sociedad tradicional a la moderna capitalista. La acumulación de capital social –para decirlo en términos de Bourdieu<sup>26</sup>– es precisamente lo que distingue a la oligarquía de las burguesías modernas. De la misma forma, su modalidad de acumulación, ligada a la circulación del capital, la distingue de las aristocracias terratenientes tradicionales. En ella convergen las dos fuentes de poder, económico y social. “Esa dualidad no lleva a contradicciones sino a complementariedades y asociaciones de elementos ‘modernizadores’, ligados al sistema económico dirigente, y de elementos ‘tradicionales’ definidos por la reproducción y la defensa de una dominación y privilegios sociales internos” (Touraine, 1978: 66)<sup>27</sup>.

A partir de estos presupuestos, quisiera plantear como hipótesis que, en los años cincuenta, la oligarquía funde con notable éxito las formas de poder estamental y de clase, el honor social y la posesión de bienes. La articulación de las dos formas de poder son claves para su reproducción como grupo social, pero demandan cada una estrategias distintas en ámbitos diferenciados. De un lado, la condición de clase depende directamente de su capacidad para influir sobre el Estado. En los años cincuenta, el capital económico del grupo se vio consolidado gracias al auge del modelo agroexportador. Como hemos visto, en ese período la economía nacional experimentó una impresionante recuperación en un período corto de tiempo. Ese dinamismo de la economía regional vuelve a posicionar a Guayaquil como la “capital económica” del Ecuador. Al momento del *boom* exportador, la oligarquía guayaquileña se encuentra bien posicionada gracias al lento pero persistente crecimiento de las exportaciones desde fines de los años 30. La sólida situación de la economía regional, en

---

26 Bourdieu define de la siguiente manera el capital social: “El capital social está constituido por la totalidad de los recursos potenciales o actuales asociados a la posesión de una red duradera de *relaciones* más o menos institucionalizadas de conocimiento y reconocimiento mutuos. Expresado de otra forma, se trata aquí de la totalidad de recursos basados en la *pertenencia a un grupo*” (Bourdieu, 2001: 148).

27 En esta modalidad de articulación de los grupos dominantes Touraine encuentra una particularidad de la historia política de América latina en relación a la historia europea. “Hemos estado acostumbrados, gracias a la tradición europea, a considerar que la historia económica y la historia social eran las dos caras de la misma realidad” (Touraine, 1978: 66). A partir de esta constatación, Touraine desarrolló su concepto –muy sugestivo– de las sociedades dependientes como sociedades desarticuladas, es decir, sociedades en donde las relaciones económicas y sociales no coinciden.

el contexto nacional, se reflejó claramente en el predominio de los bancos guayaquileños dentro del sistema financiero. Para finales de la década de los cincuenta, ese predominio se reforzó. Si bien los bancos iniciales que articularon todo el poder económico fueron relevados en los años 30, los que aparecieron luego, estuvieron igualmente vinculados a las familias tradicionales de Guayaquil.

La articulación de la oligarquía con el Estado se vio favorecida por un acuerdo de larga duración con los grupos de poder de la sierra en torno a lo que sería un marco general de funcionamiento del modelo desarrollista ecuatoriano. Ese acuerdo definió los límites de la intervención del Estado en el desarrollo, pero a la vez aseguró —y esto es clave— la autonomía del Banco Central en la política cambiaria, monetaria y crediticia del país, con la Junta Monetaria como ente coordinador de la nueva política. Los grupos económicos de las dos regiones encontraron en la Junta Monetaria un espacio corporativo para la representación de sus intereses en el Estado. El respeto de los tres gobiernos al nuevo marco institucional de la política económica explica la continuidad de los acuerdos establecidos en 1948 durante el gobierno interino de Carlos Julio Arosemena Tola.

Me gustaría subrayar un punto adicional. Ese acuerdo entre los grupos regionales permitió a la oligarquía guayaquileña sobrellevar con éxito la década frente a la crisis irremediable en la que cayó el Partido Liberal Radical, el más cercano a sus intereses y a sus visiones del Estado, luego de La Gloriosa. La Gloriosa tiene esa importancia vital: deja a la oligarquía sin el instrumento de mediación política con el cual había participado en la esfera estatal desde comienzos de siglo. La ausencia de ese instrumento le obligó a aceptar, durante toda una década, el predominio de las élites quiteñas en la conducción del Estado; unas élites, sin embargo, que empezaban a salir de su enclaustramiento tradicionalista, casi feudal, y de su oscurantismo católico. La oligarquía tenía, además, una presión social interna en Guayaquil —la irrupción del CFP— que la dejaba en condiciones de cierta desventaja política en el espacio local y regional, que habría que asumirlo también como instancia de mediación con el Estado.

La segunda dimensión, la estamental, se juega, por el contrario, en el ámbito local, en la medida en que constituye una fuente de prestigio y reconocimiento dentro de la sociedad guayaquileña. El prestigio tiene que



ser entendido como un mecanismo a través del cual el poder económico se da a sí mismo un sentido noble, altruista, desinteresado. Solo en la medida en que cumple ese cometido, puede neutralizar la estigmatización del oligarca como un grupo que funde sus sentimientos y su corazón con el dinero. El oligarca, en la retórica populista, sería la figura socialmente devaluada de la riqueza<sup>28</sup>. Como fuente generadora de prestigio, la beneficencia neutraliza los efectos críticos del discurso populista, cuyo objetivo político es representarla como un grupo egoísta, acaparador, opuesto a toda forma de solidaridad. Se podría especular y decir que el discurso populista se vuelve más potente cuando sus capacidades críticas logran representar a la oligarquía, en el campo simbólico de la política, como un grupo deshumanizado, sin adornos morales.

Pero el prestigio tiene un espacio institucional por excelencia en Guayaquil: la Junta de Beneficencia. He señalado que la Junta cumple varias funciones: articula socialmente a la élite alrededor de un sentido del prestigio y del honor, manejado con mucho exclusivismo familiar; le ofrece un puente hacia los sectores populares; y le permite mantener viva y activa una idea de autonomía frente al Estado. La crítica al Estado central se alimenta de una idea consagrada a inicios del siglo XX. De acuerdo con esta visión, el abandono estatal de Guayaquil engendra este sentimiento de solidaridad comunitaria, base de una reivindicación de autonomía.

El mayor problema de los años cincuenta para la oligarquía es la pérdida de control político sobre la ciudad por la irrupción de CFP. Este partido marca la emergencia de una elite política diferenciada de los grupos de poder, que alcanza fuerza gracias a su capacidad para organizar y movilizar a los grupos marginales en torno al municipio de la ciudad. Este es un hecho decisivo en la vida política de Guayaquil porque produce un divorcio entre la elite política y la clase dominante local, hasta entonces fundidas en un solo cuerpo. De allí la importancia que se ha dado al hecho de que los fundadores de CFP provengan, la mayoría de ellos, de la clase media, y sean duros críticos de las elites liberales. La apertura del

---

28 Por eso es que en Guayaquil, quien acumula riqueza por fuera del círculo de prestigio social, adquiere la imagen de "nuevo rico". Mónica Almeida (1988) sostiene que esa fue la razón para que los grupos sirio-libaneses de Guayaquil fueran excluidos de los espacios sociales de la elite hasta la década de los setenta.

espacio político guayaquileño hay que asociarlo a la emergencia del velasquismo como el movimiento político que rompe la hegemonía del Partido Liberal en la costa. Los años cincuenta refuerzan, desde el ámbito local, la victoria populista sobre el liberalismo oligárquico. Lo interesante, sin embargo, es que mientras la influencia de la nueva elite política, al menos en los años cincuenta, está restringida al espacio local, la influencia de la oligarquía como clase tiene una clara proyección estatal. CFP se convertirá en fuerza nacional a finales de los años sesenta bajo el liderazgo de Assad Bucaram.

Se puede afirmar que la irrupción cefepista fragmentó la sociedad guayaquileña en términos sociales y políticos. La fragmentación tuvo un base organizativa asociada a una estructura partidaria de corte clientelar, desde donde se consiguió movilizar a los sectores urbano marginales de un modo más o menos permanente. CFP arrastra a todas las fuerzas políticas a modificar su manera de entender y practicar la política local, siendo la articulación con los sectores marginales el tema clave de lucha y contienda. A ese escenario hay que añadir un estilo de retórica de antagonismo entre el “bajo pueblo” y las trincas, que marca, de manera prolongada, la cultura política guayaquileña. No solo es un estilo de interpelación política que construye identidades y sujetos antagónicos, excluyentes, sino que los moviliza permanentemente al espacio público. Desde esta perspectiva, la apertura del municipio guayaquileño a las demandas de los sectores populares es clave. El municipio se organiza como un aparato político institucional desde donde despliega un trabajo de atención a los sectores populares en su condición de habitantes de las barriadas marginales. Cubre un espacio social que, hasta entonces, era atendido solo de manera parcial por la beneficencia de las elites.

La oligarquía siempre apareció en la sociología latinoamericana como un grupo emprendedor en lo económico, generador de visiones liberales de la economía y del Estado, pero muy tradicional en sus concepciones y prácticas sociales y culturales. Hasta los años cincuenta, la oligarquía ecuatoriana no es una excepción. Sus convicciones liberales se volcaron a la defensa de una economía abierta al comercio internacional y a una crítica constante de los esfuerzos de centralización del poder estatal. La concepción liberal hacia la economía convivió con una vocación hacia lo

social desde la práctica benefactora de un grupo con poder estamental. A la vez que tendía un puente hacia los sectores “sufridos”, la beneficencia cerraba el entorno social de las elites alrededor de influyentes redes familiares. En este contexto, sus convicciones liberales no se tradujeron en un proyecto claro de democratización de la sociedad, menos todavía en propuestas que incorporaran, de manera sostenida, una visión de ciudadanía. El liberalismo guayaquileño ha sido socialmente elitista, exclusivista. De allí se explica, en parte, por qué la retórica populista se convirtió en un crítica radical de la concepción liberal oligárquica del mundo social, y haya apelado al pueblo, y no a la ciudadanía, a la hora de interpelar a los sectores suburbanos. El concepto de “bajo pueblo” estaba, sin duda, más cerca de las experiencias de vida de los pobladores de las barriadas marginales, que la idea misma de ciudadanía, en un Estado todavía muy distante física, simbólica y políticamente.

El poder de la oligarquía, en el tiempo, tiene que ser rastreado a partir de las tres dimensiones señaladas en este trabajo: a) su condición de clase y su capacidad para influir en el Estado; b) su condición de grupo estamental para conservar el prestigio en la sociedad local a través de la beneficencia, lo cual alimenta, a la vez, una idea de autonomía frente al Estado; y c) su capacidad para moverse en el ámbito de la política local. La mayor o menor fortaleza de su poder, los momentos de amenaza, variarán según logre –sigo a Bourdieu– articular esas diversas formas de capital.

## Bibliografía

- Argones, Nelson (1984). *El juego del poder*, Quito: Corporación Editora Nacional.
- Almeida, Mónica (1998). “Los sirio libaneses en el espacio social ecuatoriano. Cohesión étnica y asimilación étnica”, en *ICONOS # 5*. Quito: FLACSO-Ecuador, Agosto.
- Avilés Pino, Efrén (2004). *Carlos Alberto Arroyo del Río: ¿Mártir o traidor?*, Guayaquil.
- Bourdieu, Pierre (2001). *Poder, derecho y clases sociales*. Bilbao: Desclée de Brouwer.

- Bourricaud, Francois (1970). "Notas sobre la oligarquía peruana", en *La oligarquía peruana* (varios autores). México: Editorial Diógenes.
- (1970a). "La clase dirigente peruana: oligarcas e industriales", en *La oligarquía peruana* (varios autores). México: Editorial Diógenes.
- Conaghan, Catherine (1988). *Reconstructing Domination. Industrialists and the State in Ecuador*. Pittsburg: University of Pittsburg.
- Crawford de Roberts, Lois (1980). *El Ecuador en la época cacaotera: respuestas locales al auge y colapso en el ciclo monoexportador*. Quito: Editorial Universitaria.
- Cueva, Agustín (1986). *El proceso de dominación política en el Ecuador*. Quito: Planeta.
- Chiriboga, Manuel (1983). "Auge y crisis de una economía agroexportadora: El período cacaotero", en *Nueva Historia del Ecuador Vol. 9*, Enrique Ayala (editor). Quito: Corporación Editora Nacional, Grijalbo.
- De la Torre, Carlos (1993). *La seducción velasquista*. Quito: FLACSO-Ecuador, Libri Mundi.
- (1996). *¡Un solo toque! Populismo y cultura política en el Ecuador*. Quito: CAAP.
- (2008). "Populismo y liberalismo: ¿dos formas de entender y vivir la democracia?", en Carlos de la Torre y Mireya Salgado (editores), *Galo Plaza y su época*, Quito: FLACSO-Ecuador, Fundación Galo Plaza Lasso.
- De la Torre, Patricia (2004). *Stato nostro. La cara oculta de la beneficencia en el Ecuador*. Quito: Abya-Yala.
- Favre, Henri (1970). "El desarrollo de las formas del poder oligárquico en el Perú", en *La oligarquía peruana* (varios autores). México: Editorial Diógenes.
- Fischer, Sabine (1983). *Estado, clase e industria: la emergencia del capitalismo ecuatoriano y los intereses azucareros*. Quito: El Conejo.
- Fitch, Samuel (1977). *The military coup d'etat as a political process: Ecuador, 1948-1966*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press.
- Guerrero, Andrés (1983). *Los oligarcas del cacao*. Quito: Editorial El Conejo.
- Guerrero, Rafael (1994). *Regionalismo y Democracia en los orígenes del CFP*. Quito: CAAP.

- Hurtado, Osvaldo (1997). *El poder político en el Ecuador*. Quito: Editorial Planeta.
- Ibarra, Hernán (1994). “Comentario”, en *Regionalismo y Democracia en los orígenes del CFP*. Quito: CAAP.
- Larrea Maldonado, Carlos (1987a). “Marco conceptual y tesis centrales del estudio”, en *El banano en el Ecuador: transnacionales, modernización y desarrollo*. Quito: Corporación Editora Nacional, pp. 17-36.
- (1987b). “Auge y crisis de la producción bananera (1948-1976)”, en *El banano en el Ecuador: transnacionales modernización y desarrollo*. Quito: Corporación Editora Nacional, pp. 37-66.
- (1987c). “Empresas exportadoras y concentración económica”, en *El banano en el Ecuador: transnacionales modernización y desarrollo*. Quito: Corporación Editora Nacional, pp. 67-110.
- López, Patricio (2008). “La normalidad excepcional. Una panorámica de la política económica del gobierno de Plaza Lasso (1948-1952)”, en Carlos de la Torre y Mireya Salgado (editores), *Galo Plaza y su época*. Quito: FLACSO-Ecuador, Fundación Galo Plaza Lasso.
- Martz, John (1989). “La expresión regionalista del populismo”, en *El populismo en el Ecuador*, Carlos de la Torre y Felipe Burbano (editores). Quito: ILDIS.
- Menéndez Carrión, Amparo (1986). *La Conquista del Voto*. Quito: Corporación Editora Nacional, FLACSO-Ecuador.
- Miño, Wilson (2008). *Breve Historia Bancaria del Ecuador*. Quito: Corporación Editora Nacional.
- Moncayo, Patricio (2008). *El 28 de mayo de 1944: una democracia fallida*. Quito: FLACSO-Sede Ecuador.
- Norris, Robert (2004). *El gran ausente. Biografía de Velasco Ibarra*. Quito: Libri Mundi, 2 V.
- Negrete, Alfredo (1990). “El populismo: un proyecto histórico permanente en Guayaquil”, en *Guayaquil: realidades y desafíos*, varios autores. Quito: CORDES.
- North, Elizabeth, y Juan Maiguascha (1991). “Orígenes y significado del velasquismo: lucha de clases y participación política en el Ecuador, 1920-1972”, en *La cuestión regional y el poder*, Rafael Quintero (editor). Quito: Corporación Editora Nacional.

- Pineo, Ronn (1994). “Guayaquil y su región en el segundo boom cacao-tero”, en *Historia y región en el Ecuador*, Juan Maiaguscha (editor). Quito: Corporación Editora Nacional.
- Quintero, Rafael (1997). *El mito del populismo*. Quito: Abya Yala, Universidad Simón Bolívar.
- Quintero, Rafael y Erika Silva (1991a). *Ecuador: una nación en ciernes*. Quito: FLACSO-Ecuador, Abya-Yala, Tomo II.
- (1991b). “Región y Representación Política en el Ecuador Contemporáneo (1939-1959)”, en *La cuestión regional y el poder*, Rafael Quintero (editor). Quito: Corporación Editora Nacional.
- Quintero, Rafael y Enrique Ayala (1990). “Teorías e ideologías sobre el Estado en el Ecuador: 1948-1984”, en Pablo González Casanova (coordinador) *El Estado en América Latina. Teoría y Práctica*. México: Siglo XXI.
- Salgado, Mireya (2008). “Galo Plaza Lasso: la posibilidad de leer el paradigma desarrollista desde una apropiación reflexiva”, en Carlos de la Torre y Mireya Salgado (editores), *Galo Plaza y su época*. Quito: FLACSO-Ecuador, Fundación Galo Plaza Lasso.
- Salgado, Germánico (1978). “Lo que fuimos y lo que somos”, en varios autores *Ecuador Hoy*. Colombia: Siglo Veintiuno.
- (1995). *Del desarrollo al espejismo*. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar, Corporación Editora Nacional.
- Sánchez Varas, Alberto (2008). *Junta de Beneficencia de Guayaquil (1888-2008). 120 años de servicio*, Guayaquil: Junta de Beneficencia de Guayaquil.
- Swartz, David (1997). *Culture and power. The Sociology of Pierre Bourdieu*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Torres Rivas, Edelberto (2007). *La piel de Centroamérica. Una visión epidérmica de sesenta y cinco años de su historia*. Costa Rica: FLACSO-Costa Rica.
- Touraine, Alan (1978). *Las sociedades dependientes. Ensayos sobre América Latina*. México: Siglo XXI.
- Verdesoto, Luis (1990). “El sistema de partidos y la sociedad civil en el Ecuador”, en *Certezas e incertidumbres*. Quito.

Villavicencio, Gaitán (1990). “El desfase de un proceso urbano. El caso de Guayaquil”, en *Guayaquil: realidades y desafíos*, varios autores. Quito: CORDES.

Weber, Max (1964). *Economía y Sociedad*, Fondo de Cultura Económica, Tomo II.

### Documentos

¿Qué es el CFP? Doctrina, Programa Básico de Gobierno y Estatutos de Concentración de Fuerzas Populares (Partido del Pueblo Ecuatoriano), s/f.

Principios Doctrinarios del Partido Social Cristiano del Ecuador s/f.

### Textos escolares

Hoyos Galarza, Melvin, y Rafael Avilés Pino, *Historia de Guayaquil*, M.I. Municipalidad de Guayaquil, Guayaquil, 2008.

### Entrevistas

Lorenzo Calvas # 1, mayo 2009.

Hernán Pérez Loose # 2, mayo 2009.

León Roldós # 3, mayo 2009.

Juan José Illingworth # 4, mayo 2009.

Ángel Duarte # 5, mayo 2009.

Gaitán Villavicencio # 6, mayo 2009.

Jorge Vivanco # 7, mayo 2009.

Guillermo Laso # 8, mayo 2009.

Wellington Paredes # 9, mayo 2009.

Rafael Guerrero # 10, mayo 2009.

Ricardo Noboa # 11, mayo 2009.

Guillermo Arosemena # 12, mayo 2009.

César Coronel # 13, mayo 2009.